73

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA DRAMÁTICA.

EL BIEN Y EL MAL.

PRECIO: 8 RS.

S. H. G.

MADRID.—1863.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente, núm. 52.

614:26

EL BIEN Y EL MAL,

ENSAYO DRAMATICO

ESCRITO EN PROSA, SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA.

CONSTA DE

UN PRÓLOGO, TRES CUADROS Y UN EPÍLOGO.

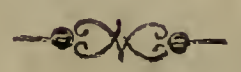
SU AUTOR

D. ALEJANDRO FERNEL.

I40

Estrenada con gran éxito, en el teatro del Circo, en la noche del 5 de Abril de 1863.

238



MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,

calle de San Agustin, 12, 2.°

1865.

ADVERTENCIA A LAS EMPRESAS.

Esta obra producirá gran efecto, haciendo que al final del prólogo, en el momento de acostarse Luisa, se interponga una decoracion de nubes que oculte la bohardilla: mientras se forma y hasta caer el telon de boca, continuará la música muy piano.

En el momento de caer muerta Luisa en el tercer cuadro, y mientras la música repite en el mismo tono la melodía del final del prólogo, para dar lugar á la preparacion de la escena, y á que se vista Luisa, deberá aparecer, formándose lentamente, la decoracion de nubes, lo más próxima posible de la embocadura; y desaparecerá cuando la bohardilla se halle del todo dispuesta y Luisa en la cama.

Si no hubiese decoracion de nubes, se tendrá muy presente, que al final del tercer cuadro, no debe caer el telon de boca, y que el intermedio ha de ser en extremo rápido.

La propiedad de esta obra pertenece á los Sres. Salas, Helguero y Gaztambide, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del Centro General de Administracion son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Imp. de C. Gonzalez, San Vicente alta, 52.

1.er Apte. Victor Gra. Zaragoza 31
Enero - 1879.

PRÓLOGO.

PERSONAJES.	ACTORES.
ALEJANDRO, Memorialista, 25 años.	SR. ARJONA. (J.)
MIGUEL, Oficial de tapicero, 20.	OSORIO
LUISA, (prometida de Miguel), guantera, 17. . .	SRA. LAMADRID.
PEPITA, Modista, 21.	VALVERDE.

La escena pasa en Madrid.—Epoca actual.

Bohardilla amueblada con sillas de paja; una mesita de caoba, de las llamadas de piés de taco, y sobre esta, un tocadorcito, chico, de caoba con su cajon; dos figuras de yeso, un bote de pomada y algunas chucherías; otra de pino, de cocina, con su cajon y encima platos y jicaras; un fogoncito con pucheros etc. A la derecha, inmediata al proscenio, una puerta que se supone dar salida á la escalera principal; otra al frente de esta, que corresponde á una escalera escusada.—En medio de la pieza una mesita redonda de pino, pintada, sobre la cual hay un beloncito encendido; al lado del velador una máquina de hacer guantes. Al fondo, una alcoba, que estará cerrada con cortinas de percal blanco; al lado, una ventana, que dá al tejado. Al descorrerse las cortinas de la alcoba, se descubrirá una cama de catre pobre, pero curiosa, y sobre ella un retrato al óleo de señora

ESCENA I.

LUISA cosiendo guantes al lado del velador; al otro lado PEPITA leyendo una novela.

Qué mal alumbra este belon!.... muger, despabílale.

PEPITA (Lo hace.)

Vamos, me muero por las novelas!.... Sobre todo, cuando se parecen á la de *María ó la hija de un jornalero*..... De seguro que no se vuelve á dar otra como ella.—Lo que es á mí, dame novelas y bailes en Capellanes y no me cambio por una Duquesa

LUISA.

Pues yo, lo que es por los bailes poco se me dá. Sabes que nunca he querido ir á ninguno contigo. Pero confieso que si tubiera tiempo para ello, me gustaria leer novelas. Por desgracia, despues de trabajar todo el dia, y á veces mucha parte de la noche, quedo tan rendida, que lo único que deseo es acostarme.

PEPITA.

Ya lo creo!.. No sé si estárás ya harta de hacer guantes!... Vaya una labor!.. Qué fastidiosa debe ser!.. y luego que no deja de dar!.. trabaje usted todo un dia y vele usted para ganar, si una es muy larga, una peseta; ó cinco reales, si vela!.. Lo que es yo, primero hacia miriñaques de estera, que no guantes.

LUISA.

Y qué quieres?.. con la muerte de mi querida madre, se consumieron nuestros últimos recursos... Quedé sola y sin amparo en el mundo, tenia demasiada edad para ponerme á aprender un oficio, sabia hacer guantes, y seguí haciéndolos para comer.

PEPITA.

Ya, ya! mucho te queria tu madre: eso sí!..... pero en lugar de enseñarte á bordar, hacer flores, música y otras mil tonterias, cuánto más hubiera valido hacerte aprender un oficio?

LUISA.

No culpes á mi buena madre por el cariño que me profesaba. Ya sabes que mi padre fué un oficial valiente que murió en la guerra contra don Cárlos. Mi madre que era de una familia distinguida, habia hecho lo que llaman un mal casamiento; y sin embargo, nunca pudo persuadirse de que su hija tendria algun dia, que ganar el sustento con sus propias manos..... Afortunadamente, no siempre haré gnantes: el buen Miguel, hijo de un amigo íntimo, compañero de armas de mi padre, y que se ha criado conmigo, me quiere y pronto nos casaremos.

PEPITA.

¡Vaya una cosa!....Gran casamiento vas á hacer con un oficial de tapicero.

LUISA (Como distraida.)

Sí..... tienes razon!.... Pero como dice que va á establecerse por su cuenta!....

PEPITA.

Que si quieres!.... Ya va él tomando un almacen..... De donde quieres que saque para ello?.. Si acaso, tomará una buhardilla de cuarenta á cincuenta reales y gracias!

LUISA. (Aparte.)

Es verdad!.... qué diferencia! (Se queda pensativa.)

PEPITA (Se pone á leer alto.)

«En vano trataron los parientes de Adolfo de apartarle de su propósito..... Era su amor síncero, profundo, inalterable..... y aunque Adela no era sino una oficiala de modista, él juró hacerse superior á las vanas preocupaciones sociales, y poner á los pies de su amada, su corazon y su inmensa fortuna!..» Aquí tienes lo que se llama querer!....

LUISA.

Pero, crees tú que hay hombres capaces de conducirse así?

PEPITA.

Alabo la pregunta!.. conque si los hay?.. más que peste, muger!.... pues no ves que las novelas son la pintura exacta de lo que pasa en el mundo!.... Acaso no te acuerdas ya de lo que la sucedió á María la hija de un jornalero?.. Pues bien ¿cómo se condujo con ella el Marqués?.. Conque ya ves!.... y que no hay que decir que esto sea mentira!.... como que acaba de pasar ahora mismo.

LUISA. (Preocupada.)

Si fuera cierto!.... pero no puede ser..... esas cosas solo se ven en las novelas!

PEPITA.

Chica, no sabes lo que te dices..... eso se vé todos los dias..... Pero noto en tu modo de hablar un no se qué!.... tú tienes algo... díme la verdad, anda.....

LUISA.

Pues bien, te lo diré..... pero me has de prometer no decirselo á nadie, eh!

PEPITA.

Decirlo? ya baja! Bonita soy yo para chismes!....

(Se levantan ambas.)

LUISA.

Pues has de saber que mi casero tiene un hijo... un jóven de unos veinte y cinco años.....

PEPITA.

A quién se lo cuentas?.... Sí, que no le he reparado yo!.... Por más señas, que debe ser más enamorado!.... La echa á una unos ojazos! Sabes á quién se parece como dos gotas de agua?.. á mí Alejandro..... Pero anda, sigue..... estoy segura, de que te ha pasado con él algun lance romántico.

LUISA.

Escucha..... Hace más de un mes que no puedo salir de casa sin encontrarme con ese jóven. No parece sino que está siempre al acecho, y en cuanto me vé se acerca, y me dice unas cosas, que... por supuesto, que yo no le contesto..... Pues bien; hace unos dias, fuí á entregar; y al salir de la tienda, empieza á caer un chaparron, que parecia el diluvio. Como no tengo paraguas, me metí en un portal de la calle de la Montera..... Cuando al poco rato, se para á la puerta una elegante berlina..... quién dirás que venia en ella?.... Pues era el señorito Julio, el jóven de quien hablamos..... Se apeó y saludándome con la mayor finura, me instó tanto para que aceptase.....

PEPITA.

Un paraguas?

LUISA.

No, sino su propio carruage. Y para quitarme todo escrúpulo, me dijo, que si lo exigía, se quedaría en el portal hasta que volviera la berlina..... Yo no sabia cómo contestar ni qué hacer..... Conozco que debí reusar, pero no acertaba á hablar..... estaba tan turbada!.... Además, no podia salir sin mojarme hasta los huesos, y el maestro me habia dado un par de guantes de encargo que debia mandar á las cuatro horas..... Así fué que el temor de perder

la tienda..... la amabilidad, y el respeto con que me trataba don Julio.....

PEPITA.

Muger, qué pesada estás!.... mira que tienes un modo de contar las cosas!.... Dí que subiste, y amen!.... Ya me iba yo haciendo tanto de rogar!....

LUISA.

Ay! Pepita, qué cómodas son esas berlinas!

PEPITA.

Que si lo son!.... no sé!.... quién me diera á mí una para todos los dias!....

LUISA. (Con vergonzosa timidez.)

En fin, Pepita, me trajo á casa; yo no sé cómo, ni por dónde..... Es verdad que mientras estuvimos en el carruage me trató con la misma consideracion y respeto con que hubiera tratado á su propia hermana..... pero me dijo unas cosas..... que lisonjeaban tanto mi amor propio!....

PEPITA.

Vaya si eres tonta, hija!.... no parece sino que te estás soltando á andar..... acaba! qué es lo que te dijo?

LUISA.

Muchas cosas..... que si queria, me haria entrar en el conservatorio..... que me habia oido cantar..... que tenia una voz deliciosa..... que dedicándome á la música, llegaria en muy poco tiempo á ser una notabilidad.....

PEPITA.

Y no más?.... Con que todo se redujo á eso?.... Pues amiga, lo que es tocante á la voz, nada te dijo de nuevo. Ya sabes que Alejandro dice lo mismo..... Por supuesto, que es escusado preguntarte si aceptaste lo del conservatorio!....

LUISA.

Y cómo querias que aceptára?

PEPITA.

Cómo?.... con la boca..... Vaya si eres mema!

LUISA.

Pero muger, si queria tomarme un elegante cuarto en la calle de Alcalá.....mira tú si podia yo aceptar un ofrecimiento semejante!.... y de un jóven á quien no conozco, y cuyas miras.....

PEPITA.

Pues hija! te juro que de los cinco sentidos, te faltan cuatro y medio..... Buen provecho te haga..... Ya puedes decir que has perdido tu suerte.

LUISA.

Cómo ha de ser!.... prefiero la pobreza á..... me casaré con Miguel, que me quiere con honradez y..... seré feliz.

PEPITA.

Que si quieres!.... Tú misma no lo crees. Tú, tanbien educada, tan fina, ser feliz con un traga-tachuelas!.... no te hagas *alusiones* chica!.... Te empeñas en querer á ese Miguel que..... No es que yo le tenga por un mal muchacho, ni por un tonto tampoco... pero al fin y al cabo, nunca pasará de ser un maestro tapicero..... y eso, si llega á serlo..... Vaya una ganga para una muchacha como tú!....

LUISA.

Qué mal haces, Pepita, en decirme esas cosas!.... Crees que no se me representa á cada paso la imágrn de Julio, tan elegante, tan cortés, tan fino!.... crees acaso que puedo olvidarle!.... pues has de saber que hasta en sueños me persigue.... Creo verme en aquella elegante berlina, ricamente puesta, arrebatando miradas de admiracion!.... y cuando me despierto y me encuentro en esta triste buhardilla!.... ah! casi me arrepiento de haber reusado.

PEPITA.

Amiga, bien empleado te está..... para qué eres tonta.

LUISA.

Por eso mismo no quiero volverle á ver..... Mira, Pepita, nos casaremos en un mismo dia, sí?.... porque supongo que Alejandro te habla con miras honradas!....

PEPITA.

Chica, te confieso que nunca se me ha ocurrido preguntárselo... A mí me gusta Alejandro porqne es alegre y calavera.....

LUISA.

No oyes?.... me parece que sube alguien?....

PEPITA. (Abriendo la puerta.)

Toma!.... cuando se mienta al rey de Roma...

LUISA.

Es don Julio?

PEPITA.

Quiá..... el consabido Alejandro.....

LUISA. (Aparte.)

No le volveré á ver más!....

ESCENA II.

ALEJANDRO: lleva un gaban viejo, mugriento, con cuello de pieles; un pantalon de cuadros, muy estrecho de piernas. Un sombrero sin forma y abollado.—Trae un papelon en la mano, que contiene unas chuletas.—En un bolsillo una rosca, y en el otro, una botella.

ALEJANDRO. (Entra tarareando una polka.)

Señorita Luisa, felices.—Adios, tú, Pepita; qué tal?.... uf..... no puedo respirar..... Caramba!.... por poco más, al cielo!....

(Luisa, se sienta á coser, despues de haber saludado.)

PEPITA.

Y qué más?.... No ha venido V. más que para decirnos eso?

ALEJANDRO.

Qué es eso, reina de Capellanes, hociquito tenemos?

PEPITA.

Qué lastima, que no lo reciban á V. con una murga!.... Como viene V. tan sofocado, le van á dar viruelas!....

ALEJANDRO.

No ves, hija mia, que cuando se suben á escape ciento catorce escalones, lo natural es perder la respiracion?....

PEPITA.

Pobrecito!.... y se puede saber lo que trae V. en ese papelon?

ALEJANDRO.

Vaya!.. traigo unas exquisitas chuletas procedentes de la famosa taberna de la calle de Sevilla. (Va poniendo encima del velador las cosas que nombra.) Una botella de manchego, y una rosca acabada de salir del horno. Todo lo cual constituye un piscolavis, que pongo á los piés de ustedes.

PEPITA.

Estoy por los piscolavis..... pero díganos V., seor majo, ¿qué pájaro ha desplumado V. para hallarse en tanta abundancia?

ALEJANDRO.

No ha sido un pájaro, sino una docena..... Es el caso, que anoche tuve la suerte de ganar una treinta y una al billar, y me ha faltado tiempo para emplear mis ganancias en cosa que fuese digna de ser ofrecida á ustedes.

PEPITA.

Ya me extrañaba yo que no saliera á relucir el billar..... No sabe V. salir de él, por eso se vende tan caro!

ALEJANDRO.

¿Por qué no viene V. á verme jugar?

PEPITA.

Me gusta!.... tendria lances que me fuera yo á meter en esas gazaperas!....

ALEJANDRO. (Mirando á Luisa.)

Pero qué es esto? qué tiene nuestra vecinita que tan pensativa está?.... qué nube oscurece ese palmito, gloria de cuantos le miran?

LUISA. (Sonriendo.)

Está V. tan galante esta noche..... No tengo otra cosa sino la necesidad de concluir este par de guantes, que corre muchísima prisa. Pero estoy acabando de cerrar el último, y soy con ustedes.

ALEJANDRO.

Basta y sobra, Luisita. V. siempre está disculpada..... Ah! y

á propósito! traigo aquí cierta cosilla para V., que me parece no la ha de desagradar.

LUISA. (Levantándose y estirando los guantes.)

De veras?.... y qué puede ser?

ALEJANDRO. (Sacándole del bolsillo y estendiendo al braze.)

Este billetito, que huele que trasciende, el que con irresistibles ruegos me encargaron pusiese en manos de V.

LUISA.

Para mi?.... y de parte de quién?....

PEPITA. (Aparte.)

Qué me alegraría que fuera de don Julio!

ALEJANDRO.

De parte de cierto caballerito de lo más elegante que puede verse, á quien encontré en la escalera, y que prendado de mi porte no vaciló en elegirme para desempeñar tan delicada comision..... Si no me engaño, creo que se llama don Julio.

PEPITA. (A Luisa.)

Chica!.... el de la berlina!

ALEJANDRO.

Pero, Luisita, lo toma V?.... hace un cuarto de hora, que me tiene V. con el brazo estendido, como el Neptuno del Prado.....

PEPITA. (Tomando la carta y dándosela á Luisa.)

Vamos, muger, no seas gazmoña, tómalo.

ALEJANDRO. (A Luisa que arruga la carta en su mano.)

¿Pero qué es eso, no lo vá V. á leer alto?.. pues es que estoy rabiando por oir lo que dice... Ya apuesto yo á que vale la pena.

LUISA.

No, Alejandro, no quiero leerlo; no debo hacerlo... No es cierto que hago bien, Pepita?

PEPITA.

Mira, haz el favor de no preguntarme... Si tienes gana de echarla de beata, buen provecho!

ALEJANDRO.

Puesto que no hemos de leer la carta, peguemos con mis chuletas... Vamos. Luisita!

LUISA.

Gracias, Alejandro. Acabo de cenar, y mientras ustedes las comen, voy á bajar estos guantes á la portera, para que se los dé al chíco de la tienda que vendrá por ellos.—(No: me voy por la escalera escusada por evitar el encuentro de ese jóven.)

PEPITA.

Anda, anda, y vuelve pronto... Oye! y piensa bien en lo que sabes; porque no encontrarás tras cada esquina un jóven con carruage que se enamore de tí. (Sale Luisa.)

ESCENA III.

ALEJANDRO, PEPITA.

ALEJANDRO.

Sabes, Pepa, que tu amiga, me parece un poco simple?

PEPITA.

Más simple eres tú.—Te se figura que no va á leer la carta al primer farol de la escalera?

ALEJANDRO.

Pero qué, conoce al que la escribe?

PEPITA.

Toma tomates! Pues si se han hablado!.. y él la ha hecho unos ofrecimientos de príncipe!.. sino que Luisa se está haciendo de valer... no se tiene ella la culpa!..

ALEJANDRO.

Pues mira que ese negocio pudiera interesarnos tanto como á ella... Conque ojo al Cristo, y no dejemos que se nos escurra la anguila entre los dedos...

PEPITA.

Por supuesto!.. No quisiera, más que me oyeras á mí cuando estamos solas!.. Ya verias si la aconsejo lo que la tiene cuenta!..

ALEJANDRO.

Y á nosotros?.. No sé!.. Si no fuera por el mastuerzo de Miguel!..

él tiene la culpa de que ella esté tan dura de pelar!.. Sí, pues ya verás el pago que la dá!.. Y además, mira tú que preferir un Miguel, á uno de los jóvenes más ricos, elegantes y buenos mozos de Madrid!.. á un segundo Salamanca!.. eso tiene bemoles!..

PEPITA.

Ya, ya! Cada vez que pienso en ello, me llevan dos mil demonios!.. Figúrate, si ella entrára por el aro, para qué queriamos más? Como que nosotros no saldriamos de su casa!.. Lo que tuviera, seria tan nuestro como suyo...

ALEJANDRO.

Solo en pensarlo se me llena la boca de agua... Sin más ni más mandaba yo la tienda al diablo!.. Un memorialista menos y que fueran mis mozos de cordel y mis cocineras á Tetuan, á hacerse escribir sus malditas epístolas, á dos reales por pliego... Mira, eso vale la pena de que hagamos una visita á mis chuletas... qué te parece?..

PEPITA.

Que me place. (Agarra cada uno una chuleta, la pone encima de un pedazo de rosca, y siguen el diálogo con la boca llena, bebiendo de cuando en cuando ambos de la botella.) Lo cierto y seguro es, que ni tú ni yo podemos continuar de esta manera!... Yo detesto el trabajo... así es, que siempre estoy sin tienda...

ALEJANDRO.

Pues y yo?... en ninguna parte estoy bien, como no sea en el billar...

PEPITA.

Pero si nunca tienes un cuarto para jugar!...

ALEJANDRO.

Qué quieres?... A todos los de mi oficio les sucede lo propio, á menos que encuentren algun prójimo que les dé la mano para hacerse prestamistas... Cuántos conozco yo que hace poco estaban en un portal, como yo, y hoy tienen un lujo que ya!

PEPITA.

Ya vas tú encontrando quien haga eso por tí!...

ALEJANDRO.

Bueno! si no es eso será otra cosa, porque se me ha metido en

la cabeza que esa chica ha de ser muy rica; y si tú me ayudas, algo nos tocará...

PEPITA.

Nada más que algo?... ya estás fresco!... tendremos lo mismo que ella; ni más ni menos... pero para eso, lo primero que hay que hacer, es que el señor Miguel se vaya con cajas destempladas...

ALEJANDRO.

Por supuesto!

PEPITA.

Pues pierde cuidado; Luisa tiene más orgullo que la reina... Yo sé de qué pié cojea y verás cómo me compongo de manera que el aprendiz de tapicero lleve unas calabazas de padre y muy señor mio!...

ALEJANDRO.

Firme, chica!... haz de modo que sean tan pesadas como una bola del puente de Segovia... Pero me parece que vuelve!... (Se limpian la boca con el papel de las chuletas.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, LUISA.

LUISA. (Aparte.)

Dios mio!... trabajar cuatro horas mortales, para ganar dos reales!...

PEPITA.

Pero chica, no quieres tomar un bocado?

LUISA.

No, Pepa, gracias!... no tengo ganas de abrir la boca.

ALEJANDRO.

Más vale así; porque como no sean huesos!

PEPITA. (A Luisa.)

Qué tienes, chica?... qué mosca te ha picado?

LUISA.

Qué ha de ser?... que el maestro me ha mandado la libreta y el

dinero de toda la semana, y que todo ello no sube más que á veinte y cuatro reales... Ya ves qué salario para siete dias mortales de trabajo!...

ALEJANDRO.

Vamos, eso es insufrible!... mire usted que veinticuatro reales en toda una semana!...

PEPITA.

Hija, tienes más paciencia que un muerto!... trabajas sin descanso dia y noche por una peseta; y luego, por consuelo, si caes mala, irás derechita al hospital!...

LUISA.

Tienes razon... Llevar esta vida á mi edad!...

ALEJANDRO.

Y añada usted siendo tan guapa, que!..

PEPITA.

Bien empleado te está!... Si no despreciáras la fortuna que te se mete por la puerta!... y digo, qué fortuna!... De qué no podrias tú gozar, si quisieras?... y eso, nada más que con corresponder al amor de un jóven elegante, rico, y buen mozo, que se muere por tí!... y además, que siendo tú tan guapa, tan elegante y tan bien educada, es seguro que vuestras relaciones acabarían por un casorio hecho y derecho.

LUISA.

Calla, Pepa, por Dios!

PEPITA.

Y no más!... por qué quieres que calle?... pregúntale á Alejandro si lo que digo no es el Evangelio.

ALEJANDRO.

Que si lo es?... cada mirada de nuestra amiga vale una talega...

LUISA.

Esas son adulaciones... por fortuna, yo no creo en ellas.

ALEJANDRO, (Aparte.)

Aunque parece que no cree...

PEPITA.

Chica! qué estás estrujando en la mano?

LUISA.

Nada, la carta de ese jóven...

PEPITA.

Oye! pero la has abierto!...

LUISA.

Yo!... pues habrá sido sin querer.

PEPITA.

Si te irás á desmayar por eso!... Tambien podias haberla leido sin querer!...

ALEJANDRO.

Bueno estaría que no lo hiciera!... no seria mala grosería!...

LUISA.

Pues juro á ustedes que no lo he hecho: es cierto que tuve tentaciones, y que rompí el sello... pero me arrepentí á tiempo, gracias á Dios!

PEPITA.

Cuando te digo que eres mema, hija!... no he visto criatura más simple!... Venga la carta, yo la leeré por tí... (Se la toma á Luisa.)

ALEJANDRO.

Es que tengo yo que oir tambien lo que dice...

LUISA.

Yo no sé lo que me sucede!... tengo unas ganas de llorar!...

PEPITA. (Queriendo leer.)

Se...ño...ri...ta á...pe...pe... demonio, qué letra! No se entiende ni una palabra!... Tóme usted, Alejandro: usted que está más acostumbrado... (Dá la carta á Alejandro.)

ALEJANDRO. (Toma la carta y lée.)

«Señorita!... Apesar del desden con que usted ha desechado mi profunda pasion...»

PEPITA.

Pobre muchacho!... como hay Dios que me dá lástima!...

ALEJANDRO. (Continúa la lectura.)

«Mi pasion... Yo de nada puedo ocuparme, en nada puedo pensar, sino en la felicidad de usted...»

PEPITA.

No puede verse cosa más fina!

ALEJANDRO. (Prosigue.)

«De usted... Mañana mismo puede usted presentarse en el conservatorio con la adjunta tarjeta...»

LUISA.

Será verdad!...

ALEJANDRO. (Con intencion.)

«En el conservatorio, con la adjunta tarjeta... y como esto no podria ser permaneciendo usted en esa bohardilla, me he permitido tomar y amueblar para usted un cuarto algo más decente en la calle de Alcalá, seguro de que su presencia le convertirá en un palacio...»

PEPITA.

Y qué verdad que es!... que finura de hombre!...

ALEJANDRO. (Prosigue.)

«Sin embargo, no se alarme usted... el cuarto es de usted y solo para usted... ni yo mismo me permitiré jamás pisar sus umbrales á menos que, lo que no me atrevo á esperar... usted se dignára permitirlo... En prueba de ello, mañana mismo saldré de Madrid para ir á arrastrar, lejos de usted, la corta existencia que sin duda me reserva el cielo, privado de su amor, que es mi vida.—Es de usted el más apasionado,—JULIO ROSALES.»

PEPITA.

En todos los dias de mi vida, he oido cosa más tierna!... Vamos! las cartas de Arbolado y Luisa, son paparruchas en comparacion de esta!

ALEJANDRO.

Confieso que una carta así, haria llorar á los reyes de piedra que están en la plazuela de Oriente!

LUISA.

Pero no ven ustedes que no habla ni una palabra siquiera de casamiento?

ALEJANDRO.

Pues tendria que ver que lo hiciera así, al trompon!... En estas

cosas se empieza por hacerse querer, lo demás viene despues. Me parece que sube alguien...

LUISA.

Ay, Dios mio!.. Sí será don Julio que venga por la repuesta?.. no le digan ustedes nada de...

(Miguel entrando.)

TODOS.

Migue!!

ESCENA V.

LOS MISMOS.—MIGUEL, con una rosa en la mano.—Lleva chaqueta y gorra.

MIGUEL.

Buenas noches!.. vengo sudando de piés á cabeza!.. En dos zancadas he subido la escalera!.. Cuando se trata de ver á mi Luisa, creo que de un salto me plantaria en la veleta de la torre de Santa Cruz!.. Mira, hermosa mia, qué rosa te traigo... A que no adivinas donde la he cogido? No?.. pues es del tiesto que me regalaste el dia de mi santo. No te acuerdas?

LUISA. (Tomando la rosa.)

Sí por cierto!.. Gracias, Miguel; voy á ponerla en un vaso de agua para que se conserve. (La pone en un vaso con agua encima de la mesita de caoba y vuelve.) Pero Miguel, cómo has estado tanto tiempo sin venir?

PEPITA. (A Alejandro.)

Mira! pues sabes que es galante Miguel?

ALEJANDRO.

Sí; á lo pastorcito de nacimiento...

MIGUEL.

Bendita seas por haber notado mi falta; voy á decirte por qué no he venido... pero no me das un puñado de mano? (Luisa le tiende la mano que Miguel aprieta con cariño.)

LUISA. (Aparte.)

Qué manos tan ásperas!

MIGUEL.

Como te decia, no he venido, porque no hay manos que basten en el obrador; y luego porque los pocos momentos en que puedo escapar, los empleo en hacer las diligencias para nuestro casamiento.

PEPITA. (A Alejandro.)

Oye!.. escuchemos!..

MIGUEL.

Hoy sí que te traigo buenas noticias, Luisita mia!

LUISA.

Sí?.. qué noticias traes?

MIGUEL.

Bagatela!.. que he encontrado quien me compre los atrasos de mi padre, que como tú sabes, eran considerables: Hoy mismo, me entregarán ocho mil reales; y con este dinero ya podemos establecernos... Qué te parece?.. Pues te falta aun lo mejor!.. mañana estamos citados en la Vicaría...

LUISA.

¡Ya!..

MIGUEL.

Cómo ya!.. cualquiera creería que la noticia no te agrada mucho!

LUISA.

No es eso... no es que no me agrade, sino que...

MIGUEL.

Sino que!.. vamos á ver, acaba.. qué quiere decir ese sino que...

ALEJANDRO.

Amigo Miguel, sabe usted que habla con un tono...

MIGUEL.

Y á usted quién le mete en la renta del escusado?... (Aparte.) Que no pueda yo hacer que Luisa se aparte de la compañía de esta gente!...

PEPITA.

Este hombre, es más comun que la sopa de ajo!..

MIGUEL. (Dirigiéndose à Alejandro y á Pepa.)

Saben ustedes que empiezo á creer que hay en todo esto gato encerrado?..

LUISA.

Qué tono!.. Pero Miguel, si estás equivocado!..

MIGUEL.

No señora, no lo estoy!!!... bien sabe usted que nos conocemos desde niños; así pues, no es fácil que me equivoque, tratándose de usted... De algun tiempo acá, me recibe usted de una manera que... que... no es la acostumbrada... me parece, es decir, estoy seguro de que oye usted malos consejos... Si fuera así!.. Ah! yo enseñaría á esos miserables á...

ALEJANDRO (Yendo hácia Miguel.)

Eh! qué es eso?.. lo dice V. por mí?..

LUISA (Interponiéndose.)

Vamos, Miguel, serénate... No tienes razon en lo que dices: y además, insultas á mis amigos, en mi presencia y en mi casa!..

MIGUEL.

Tienes razon, Luisa; tienes mil veces razon... no he debido hablar así delante de tí... perdóname; no pude contenerme. Al ver tu frialdad, me puse fuera de mí... me pareció notar en tí una indiferencia respecto á nuestro casamiento, que me llegó al alma!

LUISA.

No; ni tengo frialdad, ni indiferencia... sino que cuando se vá á contraer un lazo para toda la vida!...

MIGUEL.

Ya!... y yo no me voy á enlazar lo mismo que tú, para toda mi vida?... Mira, Luisa, yo no sé hablar con el primor que tú... pero siento mejor que tú... y sobre todo, digo las cosas como las siento... así pues te confieso que estoy tan lleno de angustia, que se me podria ahorcar con una ebra de seda... y aunque no puedo decir el por qué... tengo unas sospechas!...

LUISA.

Sospechas!... cómo, sería usted capaz de sospechar?...

MIGUEL. (Con despecho.)

Si señora!... empiezo á creer, que Miguel no le parece á usted ya bastante señoron, para lo que usted se merece...

PEPITA.

Qué modo de hablar tan chavacano!... *bastante señoron!...*

LUISA.

Se equivoca usted, Miguel... mis sentimientos respecto á usted en nada han variado... sino que me parece que antes de unirnos para siempre, convendria que tuviésemos una esplicacion leal y franca.

ALEJANDRO.

La Luisa tiene razon... Ahora que aún es tiempo, debemos entendernos...

LUISA. (Cortando la palabra á Alejandro.)

Yo no olvido, ni quiero olvidar las promesas que he hecho á usted... más aún, le profeso el mismo cariño, y estoy conforme en casarme con usted.

MIGUEL. (Con alborozo.)

Bendita seas, Luisa... lo que acabas de decir, basta para acabar con todas mis inquietudes... Con que así. díme cuanto quieras... habla.

PEPITA. (Aparte á Alejandro.)

Oye!... esto va mal!

ALEJANDRO. (Bajo á Pepita.)

No temas... aún no están casados...

LUISA.

Pues bien, Miguel, puesto que te van á dar tanto dinero, yo quisiera que tomáras una bonita tienda, con su entresuelo para vivir nosotros.

MIGUEL. (Titubeando.)

Si tú lo exijes, lo haré: pero me parece que seria más prudente no tomar el entresuelo por ahora... con eso nos ahorraríamos los alquileres que son la ruina de los artesanos en Madrid... Más adelante, cuando tengamos parroquianos...

PEPITA.

Ya! pero como cuando no hay cierta apariencia, los parroquianos no vienen!...

MIGUEL.

Convenido... pero tambien si por tener apariencia, gastamos lo poco que tenemos!... no dejaremos de hacer negocio!... Nada, nada; mi querida Luisa... pasemos pobremente el primer año, y veamos venir!...

LUISA. (Picada.)

Segun eso, tampoco querrá usted que tengamos criada?

MIGUEL.

Lo que es al principio, me parece que no debemos tenerla; porque entre mantenerla, pagarla, y lo que nos sise, dónde vamos á parar!... Cuando ya tengamos algunas obras, entonces...

ALEJANDRO.

Justo!... al cabo de quince ó veinte años, pues!

LUISA.

Con que, hasta que tengamos obras? yo...

MIGUEL.

Toma!... hasta tenerlas, harás lo que todas las mujeres honradas que se casan con un artesano... te ocuparás de las haciendas de tu casa, mientras que yo trabajo sin descanso.

PEPITA. (Con descocada ironía.)

Hija, pues qué más quieres?... por la mañanita, que llueva ó que nieve, cogerás tu cestita y te irás á la plaza: cuando vuelvas á casa, pondrás tu pucherito, barrerás, fregarás y aviarás al rorro, si lo tienes... y para que nada falte á tu elegancia, los lunes cogerás tu taleguito de ropa sucia, debajo del brazo, ó si te gusta más, en la cabeza, y bajarás á lavar al rio...

MIGUEL. (Con cólera.)

Y por qué no lo ha de hacer?...

PEPITA.

Pues ya lo creo!... pero, hombre, á quién se le ocurre que esta pobre niña, barra, friegue y lave en el rio?... bonitas se la pondrian las manos!

LUISA.

Calla tú, Pepita... (A Miguel.) En cuanto á usted, señor Miguel, me parece que lo que usted quiere, es casarse para tener una criada sin pagarla salario... pero usted olvida que mi educacion es poco á propósito para...

MIGUEL.

Y tengo yo la culpa de que su educacion no haya sido propia para ser la mujer de un artesano?. . y si yo no soy otra cosa, puedo prometer imposibles?...

LUISA.

No por cierto: pero al menos podria usted tener presente esa circunstancia, para no exigir de mí lo que un simple peon de albañil exigiria de su mujer.

MIGUEL. (Picado.)

Perdone usted, señora!.. yo creia que usted no pasaba de ser una guantera!..

ALEJANDRO.

Bravo! esto marcha!

LUISA.

Cómo!.. llevará usted su falta de delicadeza hasta el extremo de insultar á mi desgracia?.. bien merezco esta injuria...

MIGUEL. (Fuera de sí.)

Y yo tambien merezco lo que me pasa, cuando cegado por mi cariño, no ví que usted era demasido *bonita y bien educada*, para muger de un honrado artesano... (Vuelto en sí.) (Con dolor.) Conque nada tiene usted que responder?.. luego es cierto lo que he dicho? (Reprime con dificultad el llanto.)

LUISA.

Tengo que decir, que hizo usted muy mal en creer que yo me casaria para ser toda mi vida una fregona... prefiero hacer guantes...

MIGUEL. (Sin poder superar su dolor.)

Eso es decir, Luisa... que... ya no .. quieres casarte conmigo?..

ALEJANDRO.

Es una cosa por el estilo!... amarguilla es la pildora; pero hay que tragarla!..

MIGUEL. (Lanzándole una mirada furiosa.)

Bien me lo decian!.. Y yo, mil veces tonto, que nada queria creer...

LUISA.

Y se puede saber qué es lo que le decian á usted?

MIGUEL. (Conmovido.)

Si señora, la regalaré á usted el oido... Me han dicho que tenia usted otro novio!.. Yo no podia creerlo!.. no, ni aun ahora mismo lo creo...

LUISA.

Pues bien, han mentido... yo no tengo otro novio... uno que queria serlo, sí... pero...

MIGUEL. (Fuera de sí.)

Dios mio!.. conque era cierto?.. y dice usted que me quiere?.. un medio, uno solo hay, para que yo me convenza... casémonos, sin más demora...

LUISA.

Y si yo exigiera algunos dias más para reflexionar?

MIGUEL.

Si usted lo hace, todo ha concluido entre los dos... la dejo libre para que siga sus nuevas inclinaciones... porque me he convencido de que usted nunca me ha querido; y que ese tiempo que pide para decidirse, no es sino un pretesto para romper su compromiso... sea usted feliz en hora buena!.. yo no lo seré jamás... pero qué importa!.. Si algun dia la fortuna le es á usted contraria, si con el tiempo echase usted de menos al pobre artesano Miguel... acuérdese usted de que mis brazos estarán siempe abiertos para usted. (Con lágrimas.) Adios!.. Luisa, adios!.. (Sale cubriéndose los ojos.)

LUISA. (En extremo conmovida.)

Miguel!... Adios!

ALEJANDRO. (Aparte á Pepita.)

El tapicero tronó!... (Alto.) Pepita, se va haciendo tarde. Si usted quiere la acompañaré. (Pepita se pone el manto.) (A Luisa.) Luisita, buenas noches... no se aflija usted por lo que ha pasado. Ha obrado usted con dignidad. Hasta mañana. (A Pepita.) Te vienes?...

PEPITA.

Vamos... (Besando á Luisa.) Vaya, chica, duerme bien... En tu vida has hecho cosa mejor!... Mañana muy temprano me tienes aqui... Adios! buenas noches... (Sale con Alejandro.)

(La orquesta empieza una armonía patética SOTTO VOCE.)

ESCENA VI.

LUISA.

Dijo que si no nos casábamos inmediatamente, todo se habia concluido!... No sé por qué lo siento tanto!... tiene buen corazon, eso sí!... pero unos modales!... tan ordinarios!... y Julio, qué distinto!... tan cortés, tan galante, tan buen mozo! y apenas se atreve á imponerme una condicion!... Dios mio, qué cansada estoy!... el trabajo y esta escena!... Necesito descansar... (La orquesta toca piano una melodía patética. Luisa cierra ambas puertas con llave y las maderas de las ventanas. Enciende una mariposa; descorre las cortinas de la alcoba y se ve la cama, etc. Vuelve á salir y se pone á soltarse el pelo al tocador; se quita lo que se considere oportuno y lo coloca en una silla; apaga el belon y se mete en la alcoba. Durante toda esta escena mímica y con interrupciones A PIACERE, pronuncia el siguiente monólogo.) Sí, no hay remedio, el dia de mañana debe decidir del destino de toda mi vida!... Miguel es un muchacho honrado!... pero tan vulgar!... y aquello de ir al rio!... qué horror!... (Mirándose al espejo.) La naturaleza no me ha hecho seguramente para tales faenas. (Suspira.) Ah!... si Julio fuera sincero!... pero no pensemos siquiera en ello!... Él, un jóven tan elegante... tan rico... amarme! no!... Pronto me dejaría abandonada, perdida!... Madre de mi vida!... Contempla desde el cielo á tu hija querida!... aconséjala... tómala bajo tu amparo.

(Estas últimas palabras, desde dentro de la alcoba. Se supone que se ha quedado dormida.)

FIN DEL PRÓLOGO

CUADRO PRIMERO.

PERSONAJES.	ACTORES.
ALEJANDRO, 32 años.	Sr. Arjona. (J.)
MIGUEL, 27.	Osorio.
LUISA, 24.	Sra. Lamadrid.
PEPITA, 28.	Valverde.
UNA DONCELLA ELEGANTE.	Bolduv. (D.ª E.)
UN COCHERO.	Sr. Castilla.
UN LACAYO.	Vera.
UN YOKEY.	

Salon amueblado ricamente.—A la derecha, un magnífico espejo de vestir.—A la izquierda, un divan corrido ó cosa equivalente.—Veladores y butacas.—Una chimenea adornada con todo lo necesario. Los balcones, con ricas colgaduras.—Sobre las mesas y veladores, albums, libros y chucherías.

ESCENA I.

PAQUITA, UN LACAYO, UN COCHERO.

LACAYO.

Le parece á usted, Paquita, que iremos hoy á la Castellana?

PAQUITA. (Viste con coquetería.)

Y á mí, qué me dice usted?... no tiene usted ahí al cochero?... él lo sabrá...

COCHERO.

Yu! non me metu en lu que non me importa... meus caballus et yu, non sabemus más que obedecere... me dicen engancha, é enganchu... párate, é me paru. . anda, é andu. Tantu me dá que sea en la carretela, comu en el cupé... todu es unu para mí.

PAQUITA.

La señora ha ido de tiendas y nada me ha dicho; de suerte, que no sé á qué hora podrán ustedes recibir la órden... pero... si no me engaño, está ahí... conozco su modo de llamar. Váyanse ustedes corriendo, porque se enfadará si los encuentra aquí... Si es necesario, yo llamaré.

COCHERO. (Al lacayo.)

Oyes!... Vamos á echar un mediu chicu! A usted non la convidamus... Si fuera orchata!

PAQUITA.

Gracias!... Ni uno ni otro. (Coje un plumero y empieza á quitar el polvo.) Si la señora viera polvo en los muebles, buena la tendríamos!... no la hay más delicada en todo Madrid!... ni tampoco más triste!... pero, Señor, qué tendrá?... Yo me devano inútilmente los sesos para adivinarlo... una mjuer tan jóven, tan bonita, tan elegante!... que no tiene que pensar sino en divertirse... tan obsequiada!... y que lo mismo gasta billetes de banco, que si fueran de papel de estraza!... Ay! si yo estuviera en su lugar!... pero sí, ya baja!... no sería mal salto!... de doncella á señora!... toma! y qué?... mayores milagros hizo Dios!...

ESCENA II.

LUISA, PAQUITA, UN YOKEY.

(Luisa viste con la mayor elegancia; entra seguida de un yokey cargado con paquetes de compras, que deja encima de los veladores: Paquita se pone á examinarlos.)

LUISA. (Al yokey.)

Deje usted eso en cualquier parte: Paquita lo arreglará. (El yokey lo pone y se retira.)

PAQUITA.

Jesús! señora, qué cosas tan lindas ha comprado usted!

LUISA.

Sí, muy bonitas!... ya me fastidian! que se tome una tanto trabajo para nada!... y luego, esos mercaderes, con su empalagoso

charlatanismo!... empeñados en hacerla creer á una que todo es de última moda; como si no tuviéramos ojos, ni memoria!... Dios mio!... qué fastidiada estoy!... (Se le abre la boca repetidas veces, se quita el sombrero, que tira sobre el divan y sn sienta en una butaca.)

PAQUITA.

Señora! ha mandado un recado el señor vizconde, recordando á usía que tendrá el honor de venir á caballo, con la señora baronesa de Altomar, á fin de acompañar á usía á la fuente Castellana.

LUISA.

Harán mal... no tengo hoy gana de montar á caballo.

PAQUITA.

Pero si usía lo prometió!...

LUISA.

Pues si lo prometí, me desdigo; y hemos concluido.

PAQUITA.

Cuánto lo siento!.. tenia tanta gana de ver á usía con el magnífico trage de montar que la acaban de hacer!

LUISA.

Todo tiene remedio .. Si no me ves á mí con él, te verás á tí misma... te lo regalo.

PAQUITA.

Cómo podré agradecer tantos favores, señora!... Pero como no puedo ponérmele yo!...

LUISA.

Buena está la dificultad!... tienes más que venderlo!... y si no regalárselo á tu hermana... Mira, haz que me den un té. . siento una debilidad!...

PAQUITA.

Voy corriendo, señora...

ESCENA III.

LUISA. (Sola.)

Válgame Dios, qué vida tan aburrida!... nunca sé qué hacer... en ninguna parte me encuentro bien... Madrid me fastidia; el viajar

me cansa... yo me voy á morir de tedio... si salgo, es peor!... no saldré: me entretendré en casa... pero en qué?... qué sé yo!.. allá veremos...

LACAYO. (Anunciando.)

El señor vizconde y la señora baronesa!...

ESCENA IV.

PEPITA, vestida de amazona. ALEJANDRO, con exajerada elegancia de mal tono. Calzon de punto, botas altas á l'Ecuyer, casaca verde, sombrero blanco y latiguillo.

PEPITA. (Al entrar.)

Mujer!... aún estás así?...

ALEJANDRO.

Cómo! señora marquesa, no recibió usted un recado mio?

LUISA.

Sí tal: pero no estoy de humor de salir; irán ustedes sin mí... Tengo un esplin!...

PEPITA.

Estás en tu juicio?... Eso no puede ser!...

LUISA.

Pues repito, que no os acompañaré... He reñido con el marqués, y estoy que no puedo sufrirme á mí misma.

PEPITA.

Pero, qué ha sido ello?...

LUISA.

Una tontería... que su señoría ha tenido la galantería de negarme un miserable capricho.

PEPITA.

Ya!... sería un imposible!...

LUISA.

Por supuesto!... imposible!... todo ello se reducia á otro tronco de yeguas, porque queria llevar cuatro el lúnes, á las carreras de la Casa de campo!...

PEPITA.

Y te lo ha negado?... jamás lo hubiera creido!... vaya un marqués generoso!...

ALEJANDRO.

Cierto que no se concibe semejante mezquindad...

LUISA.

Pues ahi tienes!... no es inaguantable?

ALEJANDRO.

Pues como yo lográra quedarme con las provisiones de Sevilla!.. entonces sí que no nos faltarian troncos, y buenos!... apuraditamente, el que me gane á mí á entender de caballos!...

LUISA.

Asi es, que he escrito al marqués, que me haga el favor de no volver á poner los piés en mi casa, como no venga acompañado de las yeguas...

PEPITA.

Bravo!... así, así!... duro en él. Los hombres, siempre nos quieren á proporcion de lo mal que los tratamos.

ALEJANDRO.

Poco á poco, señora baronesa, que no hay regla sin escepcion... aqui estoy yo que... Pero vamos á ver, Luisita, qué va á ser de usted hasta la hora de comer?

LUISA.

Qué sé yo!... Ah! ya sé! voy á cambiar todos mis muebles por otros nuevos.

ALEJANDRO.

Es una humorada del mejor gusto!...

LUISA.

Verán ustedes cómo eso me hará pasar el rato!... así como así, estos muebles me embisten ya!... lo menos hace seis meses que los compré!... (Paquita entra con el té.) Paquita, llégate tú misma á casa de mi tapicero, y díle que venga al instante, que le estoy esperando.

PAQUITA.

Señora, no tardo dos minutos!...

PEPITA.

Sabes, chica, que ese caprichito te va á costar un poco caro?

LUISA.

Claro está... y qué le hemos de hacer?... más barato me saldria seguramente el hacerme duquesa, como tú te has bautizado baronesa... pero cada cual tiene su idea!...

PEPITA.

No ves, mujer, que desde que empecé á viajar por el extranjero, comprendí la conveniencia de tener un título, para evitar la visita del equipaje?... quién quieres tú que vaya á soñar que la señora baronesa de Altomar hace el contrabando?...

ALEJANDRO.

Nuestra Pepita tiene muy desarrollado el órgano de la adquisibilidad... De seguro llegará á ser capitalista...

PEPITA.

Ya lo sería, si tú no me sacáras cuanto gano con pretesto de tus contratas, que tanto tienen de verdad como yo de baronesa...

ALEJANDRO.

Si te parecerá á tí que es tan fácil hacer contratas!... pues mira, tan seguros y lucrativos son mis negocios como los de minas: y como gracias á la proteccion de nuestra Luisita, espero hacer muchos y buenos, lo natural es que quiera asociarte á ellos como la persona más allegada....

PEPITA.

Es verdad, que nuestra Luisa no se olvida de sus antiguos y leales amigos!... pero tambien si no hubiera sido por tanto como hicimos y la rogamos!... de seguro se hallaría á estas horas en una miserable bohardilla, en lugar de ocupar este magnífico cuarto en la calle de Alcalá!...

ALEJANDRO.

Ya lo creo!

PEPITA. (A Luisa.)

Ves tú con cuánta razon te decia yo que no escucháras los estúpidos sermones de aquel majadero de Miguel...

LUISA.

Ya sabes, Pepa, que no puedo sufrir que se hable mal del pobre Miguel.

PEPITA.

Chica! hazte cuenta que no he dicho nada... puesto que aun te dura esa manía, callaré como una muerta.

ALEJANDRO.

Y ahora que me acuerdo!... tengo que dar á ustedes una noticia... Saben ustedes que aquel caballerito Julio, de antaño, que tantos millones heredó, despues de haber agotado hasta el último ochavo, ha tenido que huir de España, perseguido por sus acreedores y poco menos que pidiendo limosna? (Suelta una carcajada.)

LUISA. (Con tristeza suma.)

Creo, Alejandro, que están ustedes perdiendo la hora del paseo...

ALEJANDRO.

Oportuna, como siempre... Vamos, Pepita?... querida Luisa? hasta luego... es inútil decir que nos damos por convidados á comer... á no ser así, nos seria imposible soportar el pasar todo un dia separados de nuestra adorada protectora...

LUISA.

Conforme... y por si acaso el cocinero se encuentra mal preparado, pásese V. por casa de Lhardi y encárguele algunos platos...

ALEJANDRO.

Con mil amores!... bien sabe V., Luisita, que yo soy competente en la materia. (Salen Alejandro y Pepita.)

LUISA. (Despues Paquita.)

No puedo sufrir que me recuerden lo pasado!... y ese Alejandro, no parece sino que lo hace adrede! demasiado pienso yo en él, por más que me esfuerzo en evitarlo... de aquí provienen todas mis extravagancias... quiero, con ellas, ahogar los remordimientos que me atormentan!... pero es en vano!... cada dia va en aumento el vacio de mi corazon!... (Se pasa la mano por la frente...) fuera pensamientos que abrasan!... pensemos en cambiar mis muebles: es una extravagancia loca!... mejor! bien empleado le estará al señor Marqués!...

ESCENA V.

LUISA, PAQUITA.

Señora! el tapicero de V. S. está malo en cama. así que, como no le es posible venir, manda á su oficial mayor, por si es cosa urgente: parece que el señor Miguel es tan capaz como su maestro; de consiguiente, podrá reemplazarle.

LUISA. (Aparte.)

Miguel?... Cielos!... si será?... (A Paquita.) Díme, qué figura y qué edad podrá tener ese Miguel?

PAQUITA.

Señora, unos treinta años, poco más ó menos... y en cuanto á su figura, aunque no le he reparado mucho, me parece que es una cosa, así... regular... solo que tiene un gesto tan displicente!...

LUISA. (Para sí.)

El debe ser!... indudablemente es él.

PAQUITA.

Le digo que entre, señora?...

LUISA.

Sí, que pase.

ESCENA VI.

LUISA, PAQUITA, MIGUEL.

LUISA.

Qué turbada estoy!... la idea de volverle á ver, me trastorna!... su presencia va á hacer más punzante el recuerdo de aquellos tiempos, que pasaron para nunca más volver... Cómo late mi corazon!... ahí está!...

PAQUITA (A Miguel.)

Entre V... aquí está la señora.

LUISA. (Vuelve la espalda á Miguel haciendo como si arreglara su peinado al espejo.) Siéntese V.

MIGUEL. (Extremeciéndose.)

Esa voz! (Serenándose.) Señora! estoy bien.

LUISA. (Siempre de espaldas.)

Mucho me alegro, amigo mio, que la casualidad haya traido á usted á esta casa.

MIGUEL. (Sin poder poseerse.)

Dios mio!... esa voz penetra en mi corazon!... (Conteniéndose á duras penas.) Señora, es V. demasiado buena.

LUISA.

Quién me habia de decir que tendria hoy tan grato encuentro...

MIGUEL.

No sé lo que me pasa!... Esta señora se parece tanto á... Qué locura!... Yo desvarío!... dormido ó despierto, siempre estoy soñando con ella!... en todas partes la veo!... Señora!... usted me confunde... cómo puedo yo merecer las atenciones que...

LUISA. (Volviéndose de repente y estendiendo su mano.)

Miguel! No me conoces?... has olvidado ya á tu Luisa?

MIGUEL. (Se precipita hácia Luisa, pero se contiene.)

Eterno Dios!... eres tú?... Señora, perdon...

LUISA.

Qué es eso?... te quedas inmóvil?... acaso no soy ya aquella Luisa á quien tanto amabas?... la que debió ser...

MIGUEL. (Extremecido.)

Oh! no señora, no. Esa Luisa que usted dice, y á la que yo habia entregado el alma y el corazon, era una humilde artesana!... aquella no arrastraba vestidos de terciopelo, ni ostentaba perlas y diamantes... en cambio, ah! era pura como los ángeles y cual ellos inocente!... usted, señora, parece una duquesa, y sin duda lo es... (Hace un movimiento para salir.) Adios! señora, adios!... Mi Luisa no es usted... Mi Luisa ya murió! (Va á salir.)

LUISA.

Miguel!... así me deja usted?

MIGUEL.

Señora! no, por Dios! no me detenga usted... usted ha envenenado mi existencia!... no quiera usted gozarse presenciando la agonía de su víctima.

LUISA.

Ah! qué equivocado está usted!... es preciso que usted me oiga, amigo mio...

MIGUEL.

Amigo, dice usted?... Ah! Miguel no tiene ya ninguno en el mundo!... Desde aquel dia fatal, en que fué á buscar á usted en alas del amor, y se encontró con el cuarto vacío, su felicidad, la ventura de toda su vida, quedó enterrada allí...

LUISA.

Ah! Miguel! tus palabras desgarran mi corazon!... no sabes tú lo caro que he pagado un momento de locura!... arrastrada por el despecho, por una insensata vanidad!... pero no hablemos de mí... qué son para tí, mi arrepentimiento y mi dolor?... Yo no debo ocuparme sino de tí, de tu felicidad!... díme pues, por qué estás aún de oficial... No ibas á establecerte?

MIGUEL.

Sí señora; me establecí en efecto... pero como una desgracia no viene nunca sola, oprimido por el dolor, y no pudiendo arrancar de mi pensamiento la historia de mi horrible desengaño, descuidé mis obligaciones, abandoné mis intereses, muchos parroquianos se me fueron sin pagar, y hasta contraje deudas de consideracion.

LUISA.

Pobre Miguel...

MIGUEL. (Con intencion.)

Un tal don Julio Rosales!... No contento con haber derrochado en pocos meses la inmensa herencia que le dejaron sus padres, tuvo el capricho de arrastrar en su ruina á un mísero artesano!... Me compró por valor de cinco mil duros de muebles, y huyó sin pagarme un solo real... Dicen que se ha refugiado en Francia!... Allí como en España, nunca será más que un infame!...

LUISA (Aparte.)

Cielos!... Aquellos muebles fueron para mí!...

MIGUEL.

Esta es mi historia, señora: viendo que no me era posible continuar trabajando por mi propia cuenta, lo vendí todo, me quedé con lo puesto, pagué cuanto debia, y volví á entrar de oficial en casa de mi maestro.

LUISA.

Y ahora, vive usted tranquilo en esa casa?...

MIGUEL

Deberia ser así... pero ay! quién es capaz de dominar su corazon!.. Mi buen maestro conmovido por mi desgracia, me trata como á hijo; y aun me ha ofrecido la mano de su hija, digna por cierto, del cariño de un hombre honrado

LUISA. (Con emocion.)

Y cómo no acepta usted tan generosa oferta?...

MIGUEL. (Mirando á Luisa con dolor sumo.)

Porque... No lo sé, señora...

LUISA. (Con arrebato.)

Me amarías aun?...

MIGUEL.

Yo!... Señora! el oficial de tapicero es el que viene á recibir las órdenes de V. S.

LUISA. (Turbada.)

(Aparte. Ah!) Sí, sí; luego!... pero antes, enterémonos de la suerte de V.

MIGUEL. (Con desaliento.)

Qué importa mi suerte!... Repito, señora, que tan solo he venido para recibir sus órdenes.

LUISA.

Otra vez?... mis órdenes!...

MIGUEL. (Con intencion.)

Las de V. ó las de su esposo; pues supongo que estará V. casada.

LUISA. (Sin contestar á la pregunta.)

Ha sido V. víctima de un malvado .. ha perdido el capital que constituia toda su fortuna... pues bien, nadie sino yo tiene la obligacion de reponer esas pérdidas. Yo poseo en abundancia oro y joyas, que para nada me sirven... permítame V. que le ofrezca. .

MIGUEL. (Con desdeñosa frialdad.)

Mil gracias, señora!... Mi pérdida no se repone con dinero... además, mi trabajo me proporciona cuanto necesito... pero aún cuando llegára á faltarme el pan, jamás aceptaría...

LUISA. (Con dolor.)

Por qué?...

MIGUEL. (Con dureza.)

Por qué?... porque esas riquezas que V. me ofrece... señora, no me obligue V. á decir...

LUISA.

Qué cruel está V!... y si yo probara á V. que mi afecto ha sido siempre suyo...

MIGUEL.

Ah! si así fuera!... pero no, no es posible!...

LUISA.

Pues, sin embargo, Miguel, á pesar de las apariencias...

UN LACAYO.

Señora!... el señor marqués desea hablar á V. S.

LUISA. (Con despecho.)

Que espere... estoy ocupada.

MIGUEL.

Señora! ..

LUISA.

Si V. pudiera leer en mi corazon!..

PAQUITA. (Entra corriendo.)

Señora!.. el señor marqués dice que se vá!

LUISA. (Con furor.)

Que se vaya!... Soy yo su esclava acaso?

MIGUEL.

No tenga V., señora, el más pequeño disgusto por mí.

LUISA. (Con exaltacion.)

Y qué me importa!... Guarde allá su oro el marqués... Yo no quiero otra riqueza, sino tu corazon, Miguel... He sido cruel, ingrata, contigo!... Lo reconozco... Yo te pido perdon!... mírame arrepentida!... Me quieres más humillada?... Qué son para mí todos los bienes de la tierra, comparados con tu estimacion?... Sí, todo lo desprecio, todo lo sacrifico á tu amor, tierno, honrado y síncero... trabajaré... haré cuanto quieras... seré tu criada, tu esclava... y mi madre me perdonará desde el cielo. (Se arroja á los pies de Miguel.)

MIGUEL. (Muy conmovido.)

(Aparte.) No puedo más!... su dolor me mata!... Sí, aún la adoro con toda mi alma!...

LUISA. (Con pasion.)

Nada me contestas?... Ah! pero leo en tus ojos que me perdonas, que estrecharás mi mano. .

MIGUEL.

No confesar mi amor, equivaldría á negar mi existencia... pero esa mano que usted me ofrece, abrasaria la mia si la tocára!...

LUISA. (Levantándose.)

Qué escucho!... desprecia usted mi mano?...

MIGUEL.

Señora, sí... usted es rica, yo pobre, pero honrado. (Dá un paso hácia la puerta.)

LUISA. (Con extremada exaltacion.)

Miguel, tendria usted valor para abandonarme así?...

MIGUEL.

Y usted, señora, no lo tuvo para abandonar, para cubrir de eterno luto el corazon de Miguel, que la adoraba?... terminemos esta escena, que á nada bueno puede conducirnos, y oiga usted el último consejo del que fué... su hermano desde la infancia... La posicion que usted ocupa, oculta, bajo un manto brillante, un horroroso porvenir... La vejez llegará con paso silencioso, pero seguro, inevitable; conserve usted para entonces los medios de evitar la pobreza y la desesperacion. (Sale precipitado.)

LUISA.

Miguel!...

MIGUEL.

Adios!... adios para siempre.

ESCENA VII.

LUISA. (Sola.)

Qué humillacion!... un oficial de tapicero!... He estado loca; sí, demente!... Ah! y el marqués que pretende que no hay puerta que resista á una llave de oro!... Estoy fuera de mí... perezcan estas malhadadas riquezas: (Arranca sus adornos, los tira al suelo y los pisotea.) para qué las quiero, si no pueden comprar mi felicidad!...

ESCENA VIII.

LUISA, PEPITA, ALEJANDRO.

PEPITA. (Entra precipitadamente.)

Qué haces, mujer: estás loca?... (Empieza á recojer del suelo los adornos.)

ALEJANDRO.

Eso será que nuestra encantadora amiga ha elegido otro género de pasatiempo... me parece muy bien; porque debe ser mucho más divertido destrozar las cosas, que el cambiarlas!

LUISA.

Háganme ustedes el favor de no hablarme de nada!

PEPITA.

Pero, quién te ha puesto así?... el tapicero?

LUISA.

En mi vida he pasado un rato más atroz!

ALEJANDRO.

Sabe usted que estoy por decir que me alegro?... Si hubiera usted venido con nosotros!... Hoy la Castellana ha estado brillante

como nunca!... Era aquello un diluvio de carruajes y de ginetes... Por desgracia, faltaba allí el astro de la hermosura... á cada paso nos preguntaban por usted...

LUISA. (Sonriendo.)

De veras?... con que habia quien me echase de menos?...

ALEJANDRO.

Todo el mundo!...

PEPITA.

No lo tomes á broma: eran tantos los que preguntaban por tí, que no sabíamos á quién responder.

LUISA.

Pues para que ustedes vean!... Deseada por los jóvenes más elegantes de Madrid, y desdeñada por el señor Miguel!

PEPITA.

Cómo, por Miguel?... el tapicero de marras?...

ALEJANDRO.

Otra vez aquel mequetrefe?

PEPITA.

Pues, chica, cómo vino aquí?

LUISA.

Porque su maestro, mi tapicero, está malo, y le envió en su lugar... Creerás que he tenido la debilidad de mostrarle ternura?... Hay horas fatales!... y él, en cambio, tuvo la insolencia de predicarme un sermon de cuaresma, que yo escuché contrita... Já, já!... y entre tanto, todo Madrid me echaba de menos!...

ALEJANDRO.

Echar de menos!... Diga usted más bien que las personas más importantes de la corte, al ver que no estaba usted en el paseo, lo abandonaron desesperados.

PEPITA.

Já... já... já!... Sabes que es muy chistoso el lance de tu tapicero?...

ALEJANDRO.

Vaya si lo es!... já... já... já...

PEPITA.

Pero, mujer, ríete...

LUISA.

Cómo quieres que me ría, si estoy furiosa?... Creerás que llegué á dejarme dominar por ese záfio, hasta el punto de derramar lágrimas de arrepentimiento, é implorar su perdon como una gracia?... Y no es esto solo: luego vino el marqués, y llevé la locura hasta el punto de no quererle recibir.

PEPITA.

Demonio!... Eso sí que es sério!... hiciste muy mal, hija!... Ahí tienes las consecuencias de dejarse dominar por esos sentimientos romancescos, que son una solemne tontería, y que causan la ruina de una mujer!

ALEJANDRO.

Con efecto, Luisa, ha sido una inconveniencia!

LUISA.

Mucho temo que se haya enfadado de veras...

LACAYO.

Señora! una carta del señor marqués. (La alarga en una bandeja.)

LUISA.

Qué os decia yo?... El señor marqués no ha querido perder tiempo!... Veamos... (Rompe el sello, lee algunas líneas y arroja la carta al suelo. Alejandro la recoge y se la devuelve.) Léala usted... para ustedes no hay secretos.

ALEJANDRO. (Lee con turbacion: desde este momento sus modales se vuelven frios.)

«Luisa: Cuando usted reciba esta, ya estarán las yeguas en su cuadra... Pero como no tengo por costumbre hacer antesalas, la advierto que no volverá á pisar las suyas su amigo el marqués del Castañar.»

Solo un noble se despide con tanta generosidad!... Y decir que se ha perdido un amigo semejante por un capricho!...

PEPITA.

Capricho!... no es mal capricho!... dí que por una locura que no tiene nombre!...

LUISA (Muy pensativa.)

Qué quereis? no siempre es una dueña de dominar su corazon... Yo no sé fingir...

ALEJANDRO.

Sin duda!... pero, amiga mia, crea usted que la pérdida que ha sufrido, no es fácil de reponer.

PEPITA.

Claro está que no!... sin embargo, chica, no lo tomes demasiado á pechos... Eres jóven, bonita, elegante, y no te faltará...

LUISA. (Con energia.)

Mira, Pepa; si es cierto que quieres conservar mi amistad, no prosigas...

PEPITA.

Hija! vuelves á las andadas?... Pues mira, allá te las hayas!... Pero ten presente que tus escrúpulos te llevarán derechita á otra bohardilla como la de antaño.

LUISA.

Con cuánto placer volveria yo á ella, si el amor de Miguel me acompañara!...

ALEJANDRO.

Por de pronto, Luisita, tome V. mi consejo .. Venda V. sus carruajes, sus caballos y diamantes: con el dinero que produzcan, si se emplea bien, puede V. procurarse una renta decente. Confieme usted el negocio, tanto de las ventas, como de la colocacion del capital, y ya verá V!... Pero, en qué diablos estoy pensando?... Tengo que comprar un tronco de yeguas para un amigo: y voy á avisarle... no le parece á V?... Le venderemos las del marqués... mejor ocasion!... con que hasta otro rato...

PEPITA. (Conmovida.)

Adios! Luisa... mira, no te apesadumbres... Mañana temprano, me tienes aquí... Adios... Adios!... (Dá el brazo á Alejandro y salen.)

LUISA. (Se deja caer en una butaca.)

Y se van!... En este momento!... . cuando más necesito de sus consuelos me abandonan!... He allí los amigos del vicio!... qué leccion!...

FIN DEL PRIMER CUADRO.

CUADRO SEGUNDO.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA, 34 años.	Sra. Lamadrid.
PEPITA, 38.	Valverde.
RAMONA, 36.	Osorio.
ALEJANDRO, 42.	Sr. Arjona. (J.)
DON ANTONIO, de 24 á 26.	Calvo. (R.)
CRIADO DE UN ALMACEN DE VINOS.	Diez.
CRIADO DE UNA CASA DE HUESPEDES.	
INSPECTOR.	Terrado.
INDIVIDUOS DE LA RONDA.	
TRES SEÑORAS.	
VARIOS CABALLEROS.	

Una sala amueblada modestamente.— La puerta del fondo dá entrada al salon. —A la derecha, la que conduce á la antesala y á la calle.—Enfrente otra para las habitaciones interiores.—En la escena, un secreter y dos grandes veladores.

ESCENA I.

RAMONA. (Saliendo del comedor: criada decente.)

Pues señor, ya tengo mi mesa puesta... vamos, que veinticinco cubiertos en un Madrid!... Gracias á Dios, lo que es parroquianos para nuestra mesa redonda no faltan... con el aliciente de la partida!... y cuidado si la tal partida produce!... pero á pesar de todo, apuros y más apuros!... Ya se vé, como la señora no tiene el genio que se necesita para estas cosas!... Siempre está temblando!... y en cuanto la gimotean un poco, dá hasta la camisa... Toma, pues si

no fuera por eso, á dónde iríamos á parar!... pocas personas en Madrid estarian mejor que mi señora!... (Se oye una campanilla.) Ea, ya está ahí la amiguita de mi ama: se la oye hablar desde una legua... Mayor lagartona!... por la mañana anda vendiendo prendas por las casas, y á la noche se presenta muy peripuesta en la partida, diciendo que es viuda de un Coronel; se dá mucho tono y juega de compañía, para no perder nunca.

ESCENA II.

RAMONA, PEPITA.

(Pepita ha envejecido, lleva un vestido muy sencillo de seda, de color oscuro y bastante deslucido.)

PEPITA.

Buenas tardes, Ramona: está en casa tu ama?

RAMONA.

No señora; ha ido á ver á un escribano que la tiene citada para mañana, por la cuenta del carnicero; y dice que nos vá á embargar.

PEPITA.

Aún andamos á vueltas con esa cuenta? Por fortuna, la traigo algun dinero!...

RAMONA.

De veras?... Jesús, qué contenta se vá á poner!... Hoy se levantó con una tristeza!....

PEPITA.

Y por qué?... porque no tiene estómago para nada!... Porque no quiere aprender á vivir!... Verdad es que han cambiado las cosas de una manera!... Pero así y todo, cuántos se darían con un canto en los pechos, por tener en su casa la partida que aquí se reune!... La pobre Luisa es tan para poco!... De todo se asusta... No sabe descararse con nadie!... Bien dicen, que génio y figura!...

RAMONA.

Pobre señora!... Cuántas veces me dice con aquella cara tan bonita y tan triste!... «Mira, Ramona, yo he sido rica, hermosa, admi-

rada!... mis más extravagantes caprichos fueron leyes para algunas personas... He ténido joyas, carruajes, servidumbre y mesa de Estado... Pero nunca un amigo verdadero... Los que se vendian como tales huyeron al verme en la desgracia!... Y hoy pobre, entrada en años, y sola en el mundo! qué puedo esperar?...» Y en seguida, se echa á llorar como una Magdalena!... Yo la consuelo á mi modo. Señora, la digo; ese es el mundo!... Yo he servido en veinte casas y en todas he visto lo mismo.

PEPITA.

Pues mira, Ramona, yo tambien me pongo á veces á pensar, aunque nadie lo diria... pero yo es muy distinto. Queria á un pillo, que despues de haberme chupado cuanto tenia, me abandonó... Ya te lo he contado... Y lo que más temo, es volverle á ver.

RAMONA.

Ya! Ya!... Pero ahora que me acuerdo, precisamente tengo que dar á V. noticias de esa buena alhaja... Vea V. este periódico que hace tres dias llevo en el bolsillo... Le estaban leyendo la otra noche en la portería, y al oir el nombre de Alejandro, me acordé del de V. y le guardé .. Me parece que el sujeto de quien habla, es el mismo...

PEPITA. (Toma el periódico, busca y lee.)

Dame, dame... (Alto.) Barcelona. Acaba de fallarse en última instancia, la causa sobre falsificacion de billetes de banco, de que ya tienen noticia nuestros lectores. Dos de los acusados, prófugos del canal de Castilla, convictos ambos y confesos, han sido condenados á veinte años de cadena; y el tercero, llamado Alejandro, contratista que dice ser de provisiones, y que huyó escalando los muros de la cárcel durante el sumario, á cuatro años de presidio, en rebeldia.

RAMONA.

Lo vé V!...

PEPITA.

Sí, mujer, es el mismo, el mismísimo! No concibo cómo pude amar á semejante bribon!

RAMONA.

Por qué no pidió V. informes de su conducta antes de tomar compromiso?

PEPITA.

Qué simple eres, hija!... Qué muchacha has visto tú que vaya á tomar informes del novio que la gusta?... En fin, con el tiempo, todo acaba y todo se averigua. Así fué que me desaparté de él, y no permita Dios que jamás le vuelva encontrar. No digas nada de esto á tu señora, ni la enseñes el periódico! estoy segura de que esa noticia la causaria gran sentimiento; porque al fin y al cabo, le trató mucho; y con su buen corazon, no podria menos de sentir su desgracia.

RAMONA.

Y qué me dice V. del señor Miguel, de quien siempre me habla?... Dicen que es muy buen sujeto. La señora, cuando le mienta, se hace lenguas de él y acaba por llorar á mares!

PEPITA.

Buenos son todos! Ese Miguel se ha puesto muy rico, ha dejado el oficio, y hoy es uno de los primeros comerciantes de Madrid... pero es tan avaro!... No hay cuidado que se arruine jamás por una mujer.

ESCENA III.

LOS MISMOS: LUISA, con vestido de seda de volantes, de elegante hechura, pero un poco ajado, y velo: ha envejecido tambien bastante; tiene el aire muy triste.

LUISA.

Buenas tardes, Pepa... Ha venido alguien, Ramona?

RAMONA.

Ya lo creo!... cuándo no es páscua? Han venido una porcion de acreedores... Ah! y tambien un caballero muy cumplido, que queria ver á usted con objeto de ajustarse para la mesa redonda.

PEPITA. (Riendo.)

Será algun provinciano. Me alegro! esa casta de pájaros nos conviene por todos estilos. (Rie.)

LUISA.

No sé cómo te ries, mujer!... que siempre has de ser la misma!

PEPITA.

Y por qué no?... qué ganaría en cambiar?... Tarde piache.

RAMONA.

Señora... Voy á dar una vuelta por la cocina; pronto serán las seis.

LUISA.

Sí, vé... Dijiste á ese caballero á la hora que comiamos?

RAMONA.

Sí, señora; y contestó que no faltaria... (Va á salir y vuelve.) Ah! me preguntó si teniamos partida, y pareció muy satisfecho al saber que sí.

ESCENA IV.

LUISA, PEPITA.

LUISA.

Has podido hacer algun dinero, Pepa?

PEPITA.

Sí; vendí tu pañuelo de Manila. Me lo ha comprado una señora casada, sin que lo sepa su marido, de modo que, para que este no lo extrañe cuando se lo vea puesto, supondrá que le ha tocado en una rifa.

LUISA.

Nada me interesa la persona que lo haya comprado; lo que importa es ver cómo salgo de mis apuros.

PEPITA. (Dándola un billete de mil reales.)

Aquí tienes mil reales. Qué lástima de pañuelo!... Cuando pienso que te costó cinco mil, y estaba sin estrenar!... ¡Qué remedio!... están tan malas las ventas!

LUISA.

A quién se lo dices? No te acuerdas de lo que perdimos en los muebles, carruajes, caballos y hasta en los diamantes que vendió Alejandro?

PEPITA. (Aparte.)

Buen tuno salió el tal Alejandro!

LUISA.

Y lo peor es que ya no tengo de qué desprenderme...

PEPITA.

Pues, chica, cuanto más te apures, menos adelantarás .. con que así, pecho al agua, y á vivir.

LUISA.

Qué feliz eres!... á tí nada te aflige.

PEPITA.

Y tú, siempre estás soñando con desgracias... tienes empeño en atormentarte... Como no cambies, no llegarás á vieja.

UN CRIADO. (Anunciando.)

El señor don Luis de Santoña...

PEPITA. (A Luisa.)

El forástero, sin duda!

ESCENA V.

LUISA, PEPITA, ALEJANDRO: Este muy aviejado: está calvo: viste frac y pantalon negro, muy raido.

ALEJANDRO.

Tengo el honor de saludar á la señora de?...

LUISA. (Con asombro.)

Alejandro!...

PEPITA. (Con el mismo.)

Dios nos asista!...

ALEJANDRO. (Considerando á Pepita con sorpresa.)

Calla!... pues si es mi antiguo y adorado tormento!... (Fijándose más en Luisa.) Vive brios! y tambien mi siempre encantadora Luisita!... qué felicidad!... qué sorpresa tan agradable!... Confiesen ustedes, señoras mias, que no esperaban hallar á su amigo más antiguo y leal, en la persona que acaban de annnciarlas con el ilustre nombre de don Luis de Santoña!... pues aqui me tienen ustedes... Per-

seguido por la fortuna, he andado navegando por esos mundos de Dios en busca de lo que no he hallado. He probado de todo; es decir, de todo lo malo... pero firme siempre y superior á la desgracia, he logrado conjurar los peligros y espero triunfar al fin, de mi negra fortuna... (Reparando en que las señoras le han vuelto la espalda y que Pepita habla con mucha animacion á Luisa.) Pero, qué significa esto, señoras?... Habré cambiado tanto, que ustedes ya no me conocen?... Doña Pepita, sobre todo, cómo puede haber olvidado que por espacio de diez años, dia por dia, tuve la dicha de reinar, cual soberano absoluto, sobre su amante é inocente corazon?... Qué? ni por esas?... Si es broma, pase... pero si es desvío, basta de niñerías; que ya somos talladitos y nos conocemos demasiado para reparar en escrúpulos... Yo me encuentro en circunstancias algo apuradillas.... Busco un puerto de seguridad, y lo he encontrado sin duda, puesto que la Providencia me ha conducido hasta aquí... tendrian ustedes valor para negarme el amparo que necesito?... Imposible!... conozco el corazon de mis antiguas amiguitas, y espero...

PEPITA.

Hace V. mal en esperar. Luisa no puede .. no debe recibirle en su casa, porque... porque, como decia V. antes, (Con intencion...) *nos conocemos demasiado!*

ALEJANDRO.

Ah! con que, Luisita, es dueña de esta casa?... Entonces, á ella me dirijo; á ella, cuya alma noble y generosa, siempre se compadeció del infortunio.

PEPITA.

No se trata ahora de infortunios, sino de picardías.

ALEJANDRO. (En tono sentimental.)

Tú tambien, Pepa! tú tambien, das crédito á las calumnias de mis enemigos? ah!

PEPITA.

Como le dejen hablar!. .

ALEJANDRO.

Sí, Luisita; no quiero negarlo... Yo fuí toda mi vida un calave-

ra; pero nunca un infame: y si las apariencias me condenan, culpa es de la mala suerte, que no de mi perversidad.

PEPITA.

Bueno es, parecer bueno.

ALEJANDRO. (A Pepita cambiando de tono.)

Para qué... para comer en mesa redonda, y sentarse á la cabecera de un tapete verde. He aquí todo lo que yo solicito, seguro de que tendré á mi lado muchas personas de peor apariencia y de peores hechos que yo. Conozco el trato de esas casas, y vengo (Acentuando las palabras.) como amigo... Vamos, Luisita, se recibe, ó se despide al hijo pródigo?

LUISA.

Yo bien quisiera favorecer á V., Alejandro; pero temo...

ALEJANDRO.

Vanos temores!... Juro á V. que jamás tendrá por qué arrepentirse de los favores que me dispense.

LUISA. (Con terror y empacho.)

Dice Pepa que ha estado V. preso...

ALEJANDRO.

Y qué persona decente no ha estado alguna vez en la cárcel?...

PEPITA. (Con soflama, continuando la oracion.)

Siquiera por curiosidad!

ALEJANDRO.

Ó por equivocacion... Yo entré en ella por una calumnia.

PEPITA. (Idem.)

Y salió V. de allí?...

ALEJANDRO.

Maldita seas!... (Aparte.) Salí, cuando pude salir.

LUISA.

Grande es la desdicha de V.

ALEJANDRO.

La historia de mis desventuras y la de V., tienen el mismo orígen. Dejó V. de ampararme, y tuve que abandonar mis contratas. Fuí testaferro de otros, que cobraron el dinero y me endosaron las obligaciones: ellos se hicieron ricos y yo perdí hasta la poca opinion

que tenia. Sin crédito y sin capitales, fué preciso recurrir á la farsa: me hice agente de negocios; anuncié en el diario que necesitaba un cajero-administrador, con cuatro mil duros de fianza en metálico... pero ni vinieron negocios, ni se presentó ningun cajero, ni pude atrapar la fianza. Protegido despues por cierto especulador, me puse á tallar en una reunion muy escogida. Hice buenas relaciones... demasiado buenas... La policía puso sus puntos á los puntos, y tuvimos que disolver la partida. Más tarde, aquellas relaciones de la timbirimba me prestaron auxílios inesperados... Se me confió alguna que otra comision bastante productiva; y cuando menos lo sospechaba, acabaron por comprometer mi honra, y hasta mi seguridad personal, abusando de mi buena fé... No olvidaré la leccion, mientras viva!... Carillo me cuesta conocer el mundo; pero en cambio, he aprendido lo bastante para no volver á caer en el lazo; y aunque no estoy en fondos, tengo la pretension de poder ser á ustedes muy útil.

LUISA.

Y sí comprometiera V. mi casa?

ALEJANDRO.

Qué locura!... Nadie más interesado que yo en no hacerlo.

LUISA.

Bien está. Consiento en dar á V. un asilo, y confio en su palabra.

ALEJANDRO.

Gracias, Luisita: ya verá V. lo que valgo... Por de pronto, anuncio á V. que esta noche concurrirá á su mesa redonda un pollito habanero riquísimo, y generoso, como buen americano.

RAMONA. (Entrando con luces.)

Señora! el comedor está lleno de gente. Ha venido tambien un jóven muy elegante, que pregunta por don Luis de Santoña.

ALEJANDRO.

Mi presentado!... Bravo!... Vamos á recibirle? (Ofreciendo el brazo á Luisa.) el brazo, Luisita...

LUISA. (Rehusando.)

Gracias!... pasen ustedes al comedor. Soy con ustedes al momento.

ALEJANDRO. (A Pepita.)

(Ofreciéndola el brazo.) Entonces, tú...

PEPITA. (Rehusando tambien.)

Yo no necesito andaderas...

ALEJANDRO.

Siempre la misma!... (Váse detrás de Pepita.)

LUISA. (Aparte.)

Cuánto sufro!... Esta vida no es para mi!... (Se pasa la mano por la frente...) Oh! es preciso disimular... Aparentar alegria, cuando... Vamos al comedor. (Alto.) Ramona, nada necesito advertirte. (Váse por donde Pepita y Alejandro.)

ESCENA VI.

RAMONA.

Pierda V. cuidado, señora... (Sola.) Pues señor, hoy es dia de grande entrada!... Sí querrá soplarnos la fortuna?... Pero y el vino?...

ESCENA VII.

RAMONA, UN MOZO de un almacen de vinos que trae una cesta con botellas.

MOZO.

Buenas noches, señora Ramona.

RAMONA.

Gracias á Dios! creí que no vendria usted á tiempo!

MOZO.

Ya lo ve usted. Pero es que traigo la cuenta, y el amo me ha dicho que no deje el vino sin llevar el dinero, que bastante se le debe ya.

RAMONA.

Eso es... Ahora que están comiendo y la casa llena de gente va á levantarse la señora para pagarle á usted!... qué talento!.. Por

qué no ha venido usted ántes? Dígale usted al amo que mande la cuenta mañana temprano, y se le pagará.

MOZO.

Bueno; ahí queda el vino... pero no es mala la peluca que me va á echar el amo. Volveré mañana, y haga usted el favor de decir á la señora, que no saldré de aquí sin llevar el dinero. (Váse.)

RAMONA.

Anda con Dios!... lo que importa es ganar tiempo, que despues Dios dirá. (Da la cesta á un criado que pasa.) Toma tú.

ESCENA VIII.

RAMONA, ALEJANDRO.

ALEJANDRO. (Aparte.)

Esta debe ser la Ramona.

RAMONA (Como asustada.)

Qué es eso, no le gusta á usted la comida?

ALEJANDRO.

Todo lo contrario! He recorrido las primeras fondas de Paris, Lóndres, Viena, San Petersburgo, Nápoles y Pekin, y puedo asegurar que en ninguna parte se sirven platos más escogidos ni mejor condimentados.

RAMONA.

Usted me favorece...

ALEJANDRO.

Cómo, serás tú la?...

RAMONA.

Servidora de usted: yo soy la cocinera.

ALEJANDRO.

Merecias que te nombraran inmediatamente cocinera de su magestad.

RAMONA.

Es favor... (Aparte.) Qué amable es este señor!

ALEJANDRO.

Es justicia... Principes conozco yo, que quisieran estar servidos como tu señora.

RAMONA.

Favor que usted me dispensa! Yo procuro dar gusto á los parroquianos de mi ama, y si usted supiera qué sobresalto he tenido al ver que dejaba usted la mesa.

ALEJANDRO.

Siento mucho haberte asustado... Salí del comedor, porque he almorzado fuerte y tarde, con unos amigos... Además, tenia ganas de fumar un cigarro. (Saca un cigarrillo de papel.)

RAMONA.

Quiere V. encender? (Saca una cajilla; enciende un fósforo y se le ofrece.)

ALEJANDRO.

Mil gracias! (Enciende el cigarrillo en el fósforo que le dió Ramona.) Parece que tendremos más tarde, una partida? Eh?...

RAMONA.

Sí señor; despues de tomar el café.

ALEJANDRO. (Con afectada indiferencia.)

En esta sala?

RAMONA. (Señalando al foro.)

No señor, en aquélla. Solo falta encender las bujías y poner las barajas.

ALEJANDRO. (Idem.)

Son francesas?

RAMONA.

Yo no sé... No entiendo de naipes. (Abre un cajon del secreter.) Mire usted, aquí están las que han de servir esta noche.

ALEJANDRO. (Examinándolas.)

No; son españolas. Voy á colocarlas yo mismo...

RAMONA.

No se incomode V., señor! luego las colocará el criado.

ALEJANDRO.

No es incomodidad ninguna... En algo ha de pasar uno el tiempo. (Aparte.) Las cambiaré.

RAMONA. (Aparte.)

Vaya! si es amable este caballero!

ALEJANDRO. (Aparte yéndose.)

Pues señor, esta noche, que talle, que no talle, tengo la cosecha segura... (Alto volviendo á Ramona.) Ah! se me olvidaba! toma! (Dá un napoleon á Ramona y esta lo rehusa.) Cómo! Vas á desairarme?

RAMONA. (Tomando el napoleon.)

Lo tomo, porque no diga V...

ALEJANDRO.

Hasta luego. (Váse.)

RAMONA.

Pues señor, digo que es amable y rumboso. Y eso que, á juzgar por las apariencias, no debe andar muy sobrado de dinero. Pero lo que yo digo; más dá un pobre con voluntad, que un rico miserable.

ESCENA IX.

UN CRIADO, (que trae un juego de café en una bandeja.)

Dónde pongo esto?

RAMONA.

Déjalo sobre el velador grande. (El criado lo pone.)

ALEJANDRO. (Saliendo del cuarto de la partida.)

Hola! es aquí dónde se sirve el café?

RAMONA.

No señor, es en el comedor: pero algunos prefieren tomarlo en esta sala...

ALEJANDRO.

Tienen razon: voy á tomarlo yo tambien. (Se sienta á un velador.)

RAMONA.

Quiere usted licor?

ALEJANDRO.

Tomaré una copita... Hay buen aguardiente?

RAMONA.

Voy por él al instante. (Váse.)

ESCENA X.

ALEJANDRO, tomando café. LUISA, PEPITA, DON ANTONIO. VARIOS CABALLEROS, ALGUNAS SEÑORAS, UN CRIADO. (Los caballeros y señoras se reparten por la escena, forman grupos, toman café, etc. Luisa atiende á todos. Mucha animacion. Don Antonio habla con el dejo americano.)

ALEJANDRO. (Aparte.)

Ya están aquí.

DON ANTONIO. (Reparando en él.)

Hola, Santoña! Ya le echaba de menos.

ALEJANDRO.

Qué tal la comida?

DON ANTONIO. (Arrojándose en una butaca.)

Phis!... En España no se sabe todavía qué cosa é comé, ni bebé, ni fumá... (Saca un puro de la petaca.)

LUISA. (Al criado.)

Sirve á este caballero.

CABALLERO 1.º

Gracias, señora, no tengo prisa.

LUISA. (Al caballero 2.º)

Gusta usted de más azúcar?

CABALLERO 2.º

Mil gracias, está excelente.

PEPITA. (A Luisa.)

Hija, haces los honores de tu casa, que ni una duquesa.

ALEJANDRO. (A don Antonio.)

No toma usted café?

DON ANTONIO.

Ya tomé una tasita de ese brevaje.

LUISA.

Brevaje!...

DON ANTONIO.

En España no se sabe qué cosa é café.

PEPITA.

No se juega esta noche?

CABALLERO 1.º

Me parece temprano.

CABALLERO 2.º

Qué temprano!... Ya es hora... Quién talla?

ALEJANDRO.

Lo hará el señor don Antonio.

DON ANTONIO.

A buena parte viene! por no mové yo la mano para apuntá, diera mil peso al que me quisiera serví.

PEPITA. (A don Antonio.)

Quiere usted jugar una vaca conmigo?

DON ANTONIO. (Mirándola con descaro de pies á cabeza.)

Con uté? No señora! á mí no me guta sino la ternera.

PEPITA. (Aparte.)

Qué grosero!... Si no fuera rico!...

ALEJANDRO.

Vamos, señores; mientras se formaliza la partida, yo tallo cien onzas.

CABALLERO 1.º

Corriente. A la sala!

LUISA. (Aparte.)

Cien onzas!

DON ANTONIO. (A Alejandro, levantándose con pereza.)

Mire...

ALEJANDRO.

Qué ocurre?

DON ANTONIO.

No trae má dinero que ese?

ALEJANDRO.

No señor.

DON ANTONIO.

Poco se va á divertí la tertulia.

ALEJANDRO.

Por qué?

DON ANTONIO.

Porque yo entro copando.

ALEJANDRO.

Paciencia; así que usted me desbanque, otro talla. (Váse y con el don Antonio.)

ESCENA XI.

LUISA, PEPITA, el CRIADO, que recoje el servicio y sale con él.

LUISA.

Cien onzas!... Y yo le concedí un asilo en mi casa, compadecida de su miseria!... Ese hombre nos está engañando.

PEPITA.

No lo creas. Si tiene un maravedí, que me lo claven en la frente.

LUISA.

No tiene dinero y talla ahora mismo cien onzas?

PEPITA.

Jugará por cuenta de ese presumido, que hace ascos de todo lo que hay en España.

LUISA.

Desde que he vuelto á ver á Alejandro siento un sobresalto inexplicable!

PEPITA.

Eres incorregible con tus sobresaltos.

LUISA.

Qué quieres? El fué el orígen de todas mis desdichas! y un triste presentimiento me dice que ha venido para completar su obra.

PEPITA.

Qué aprension!... Alejandro aqui dentro, es un parroquiano más de los que no pagan, y si por defuera tiene algunas cuentecillas pendientes, su alma en su palma, con su pan se lo coma: tú no es-

tás obligada á saber... Vaya, me voy á probar fortuna con un napoleoncejo...

LUISA.

Espera... No me dejes sola.

PEPITA.

Pero mujer, tranquilízate. Hoy que debias estar más contenta que nunca!... Tu casa empieza á acreditarse; y como llegue á ponerse de moda, antes de un año, vuelves á ser rica, y envidiada de todo el mundo...

LUISA.

Calla, calla, Pepa, no hagas castillos en el aire!... Dime, por qué estuvo preso Alejandro.

PEPITA.

No te lo puedo decir á punto fijo... Creo que fué que le enredaron en una causa, sobre falsificacion de billetes de banco.

LUISA.

Si habrá elegido mi casa para darles salida?

PEPITA.

Quiá!... No es posible... digo; no me parece... (Aparte...) Tendría que ver!...

(Voces dentro.)

LUISA.

Qué voces son esas?

PEPITA.

Nada, alguna disputa...

ESCENA XII.

LAS MISMAS, ALEJANDRO, DON ANTONIO, VARIOS CONTERTULIOS. Despues un INSPECTOR y DOS AGENTES de su autoridad. Alejandro sale precipitadamente guardándose en los bolsillos, dinero y billetes de banco; don Antonio le sigue con una baraja en la mano. Los demás procuran detenerlos.

ALEJANDRO. (A don Antonio.)

Salga V. á la calle!...

DON ANTONIO.

Ande, yo le sigo.

PEPITA. (Queriendo sujetar á Alejandro.)

Señores! ¿Qué es esto?

ALEJANDRO.

Veremos si fuera de aqui...

LUISA. (Asustada.)

Pero, qué significa?...

DON ANTONIO.

Esto significa, que esta casa es un garito, y que el señó me ha estafado el dinero.

ALEJANDRO. (Tirando de un puñal.)

Miserable!...

DON ANTONIO. (Dándole una bofetada.)

Canalla!...

INSPECTOR. (Que aparece en la puerta que conduce á la calle.)

Ténganse todos, en nombre de la ley. (A sus agentes.) Apodérense ustedes de ese criminal. (Señalando á Alejandro: los agentes se apoderan de él.)

ALEJANDRO.

Oh!...

INSPECTOR. (A la concurrencia.)

Nadie saldrá de aquí sin dar antes su nombre. (A Luisa.) Señora... lo siento, pero es necesario que V. me acompañe.

LUISA. (Con espanto.)

Dios mio!...

FIN DEL SEGUNDO CUADRO.

CUADRO TERCERO.

PERSONAJES.	ACTORES.
ALEJANDRO, 58 años.	SR. ARJONA. (J.)
MIGUEL, 54, teniente alcalde.	OSORIO.
LUISA, 50.	SRA. LAMADRID.
PEPITA, 54	VALVERDE.
INSPECTOR.	SR. TERRADO.
PAYASO.	VERA.
UN MÉDICO.	REGMERO.

INDIVIDUOS DE LA RONDA.
ROPAVEJEROS, SOLDADOS, MUJERES Y GENTE DEL PUEBLO.
DOS SERENOS.

La plazuela del Rastro.—A la derecha, en un cuarto principal, una casa de préstamos: á la izquierda, una taberna; ambos establecimientos tienen su muestra, y estará preparada la decoracion para un cambio á la vista.

ESCENA PRIMERA.

Alejandro ha envejecido estraordinariamente: viste un traje estrafalario y andrajoso: ocupa el centro del teatro, detrás de una mesa con barajas, cubiletes y otros objetos propios de titiriteros ambulantes; á la izquierda al payaso con un tambor. Rodean este grupo gran número de hombres, mujeres y chicos (gente del pueblo). Tambien soldados.—Al levantarse el telon, el payaso (que será un zagalon) toca un redoble.

ALEJANDRO. (Con voz ronca y aguardentosa.)

Señores! Las maravillas que acaban ustedes de admirar y que el vulgo de los ignorantes distingue con el modesto nombre de juegos de manos, son el resultado de grandes estudios, de profundas meditaciones, de costosísimos ensayos y de contínuos desvelos. Y no vayais á creer qué toda mi ciencia se reduce á divertir la atencion del mundo con inocentes entretenimientos... Si he pasado la

mayor parte de mi vida en lúgubres laboratorios; si he recorrido una vez y otra, las arenosas playas de Melilla y Ceuta ,los mortíferos valles del Ponton de la Oliva, la picaresca ronda de Madrid, los famosos Percheles de Málaga y la nueva universidad modelo de Alcalá de Henares, fué solo con objeto de ser útil á mis semejantes, impulsado por la filantropía. Probablemente, ninguno de vosotros sabrá lo que es la filantropía?... No importa; yo os lo diré. La filantropía es una de las varias maneras que hay para hacer dinero sin trabajo... Con tales conocimientos ya estaria yo nadando en riquezas, si no me viera obligado por la suerte, á limitar su esplotacion á tan mezquino recinto, como lo es el de esta plazuela del Rastro. Pero soy, pobre, señores: pobre, como lo fueron todos los grandes ingenios de la tierra. Así es que no he podido dar todavía suficiente publicidad á mi extraordinario mérito; del cual solo tienen alguna noticia, el emperador de Trapisonda y el califa Muley-el-Abbas, al que tres dias despues de la batalla de Gualdrás, predije que la perderia infaliblemente. Prediccion, que le movió á solicitar la paz, como todo el mundo sabe, sin que tan esclarecido servicio me haya sido recompensado con la más minima parte de los cuatrocientos millones de marras. Pero ¿qué importa? Yo no soy interesado... Poseo la ciencia de la adivinacion: leo en el porvenir, como pudiera hacerlo en un libro cerrado; é interpreto los arcanos del destino, poco ménos que de balde. Ahora bien ¿quién de vosotros quiere saber su buena ó mala ventura?

VARIOS.

Yo, yo...

UN QUINTO. (Adelántándose.)

Cuánto cuesta?

ALEJANDRO.

Ya he dicho que soy filántropo. Trabajo por humanidad; y si la mia no necesitara remojarse de cuando en cuando el garguero, serviria al público gratis. Por lo tanto, daré las importantísimas noticias que se me pidan, por solos dos cuartos... tan barato como *La Correspondencia*.

QUINTO PRIMERO.

Ahí van mis dos cuartos, y aquí está mi mano. (El compadre recibe el dinero.)

ALEJANDRO.

Acércate, y retira esa mano. Para descubrir sus líneas, seria necesario descorterzarla con un pujavante de herrador... Además, la quiromancia es un método de que se valen las gitanas y gentecilla de poco más ó ménos. Yo lo adivino todo, por la mera inspeccion de las orejas... Veamos las tuyas. (Le examina las orejas.) Bien está. Apártate ahora, venturoso manceho, y atiende: Puedo asegurarte, y los hechos acreditarán mis palabras: primero, que no tendrás necesidad de comer rancho, si logras cautivar el ardiente corazon de alguna cocinera de buena casa; y segundo, que andando el tiempo podrás ir á Cochinchina, donde prendándose de tu marcial continente, la princesa *Chan-chen-chin-chon-chun*, cometerá un rapto en tu persona; te conducirá á su palacio, situado á orillas del rio *Chinchenchan*, en el reino de Jauja, y te dará el empleo de gran *Miramamauchi*, sin otra obligacion que la de comer pichones, codornices, faisanes y chicharrones.

QUINTO 1.º

Voto vá!... qué bien me vendrá ese empleo de paparruchí!

OTRO QUINTO.

Ahora á mí.

ALEJANDRO.

Poco á poco.

QUINTO 2.º

Aquí está mi dinero.

ALEJANDRO. (Al compadre.)

A qué altura nos hallamos de fondos, compare?

PAYASO.

A la de seis reale y cuatro calé.

ALEJANDRO.

Lo cual equivale á decir que hemos desplumado un respetable número de mochuelos... Alcemos el campamento, que tengo la garganta más seca que una estopa... Señores y señoras, se levanta la

sesion. Voy á retirarme á la taberna de enfrente: allí podrá el que guste consultar el oráculo, con más sigilo y comodidad, por el mismo estipendio, y la añadidura de una copa. (El payaso empieza á recojer los chismes en un cesto, carga con ellos y con la mesa de tijera; la gente se dispersa poco á poco. Alejandro y su compadre entran en la taberna, seguidos de algun otro.)

ESCENA II.

LUISA: lleva vestido de percal muy viejo y remendado; un manton comun de algodon descolorido y desfilachado; un pañuelo tambien de percál en la cabeza. Parece no llevar ni refajo ni enaguas; tiene el pelo muy cano; la cara muy arrugada; apenas puede sostenerse y parece sumamente triste.

LUISA.

Hoy cumplo cincuenta años!... Cuán larga es la vida de un desgraciado!... Juventud, hermosura, porvenir, esperanzas, todo pasó para mí!... No me atrevo á pensar en lo que he sido; y menos aún, en los años que tendré que arrastrar esta miserable existencia... Dios mio!. . qué horrible expiacion!... por qué dí oidos á las seducciones de la vanidad y de la soberbia!... Yo que siempre he amado tanto la virtud!... Malditos consejos, los que me apartaron de mis buenos propósitos! infames compañías, las que me impulsaron á cometer el primer error, orígen de todas mis desdichas. Recuerdo lo pasado, y me parece un sueño... Oh! yo detestaba el vicio; yo era feliz con mi honrada pobreza!... (Una voz aguardentosa, dentro.)

PEPITA.

Gordas y dulces, naranjaaaaas!...

LUISA.

Cielos! esa es la voz de Pepita! que no me vea... (Se echa el pañuelo á la cara.)

ESCENA III.

LUISA, PEPITA, andrajosamente vestida; más aviejada que Luisa; la voz muy ronca y muchos granos en la cara: lleva una cesta con naranjas.

PEPITA.

Naranjas dulces, naranjaaaaas... Señora! á dos cuartos... cómpreme usté una docena.

LUISA.

Señora!... qué ironía !

PEPITA.

Murcianas, señora, dulces como el almivar!

LUISA.

No, no quiero naranjas.

PEPITA.

Vaya un tono!... Dice que no quiere, y pué que no tenga un chavo pa mandar rezar á un ciego.

LUISA.

No lo tengo... es verdad.

PEPITA. (Calmándose.)

Puée!... Y por eso se aflige?... Qué tontuna! A naide ahorcan por no tener, y la probeza no es deshonra... vamos, que me ha parao osté con esa contestacion!... Vaya, tome osté sin cerimonia las naranjas que quiera.

LUISA.

Gracias!...

PEPITA.

Ande osté, que ya están pagaas... no? Pues á lo menos, venga osté á tomar una copa, y fuera penas... no crea osté que á mí me gusta meterme en la renta del escusao; pero tampoco me gusta ver caras tristes; que el que más y el que menos tiene su alma en su alrio, y por dentro anda la procesion.

LUISA. (Levantando el pañuelo.)

Pepa!...

PEPITA.

Demonio! (Poniéndose la mano en los ojos para ver mejor.) pues no hay más!... Luisa, eres tú?

LUISA.

No lo vés?... Tanto trabajo te cuesta reconocerme?... Ahí tienes el estado á que me han conducido tus consejos.

PEPITA.

Qué dices?... Te aconsejé yo nunca que tirases tu fortuna por la ventana?... Al contrario, que hicieras mucho dinero!

LUISA.

Dinero!

PEPITA.

Si yo hubiera tenido las proporciones que tú, te aseguro que no llevaria hoy esta cesta colgá del brazo!... Y que es divertido, andar todo el dia achicharrándose, ó mojada hasta los huesos, vendiendo naranjas, rábanos ó avellanas!... Y todo para ganar cuando mucho tres reales!... Já, já!... Pero vamos á ver, qué te has hecho en tanto tiempo como há que no te veo?... Me pá que no has ganado á la lotería...

LUISA.

Ya sabes que cuando la justicia me embargó los muebles y quedé privada de todo recurso, tuve que ponerme á servir.

PEPITA.

Sí, á uno de tus huéspedes?...

LUISA.

No: á un eclesiástico venerable, que necesitaba una ama de obierno.

PEPITA.

Vamos!

LUISA.

Murió el buen señor...

PEPITA.

Antes de que pudieras hacer tu pacotilla?

LUISA.

Bien sabes que yo no sirvo para eso... volví á encontrarme po-

bre y desamparada como antes, y desde aquel dia voy á asistir á las casas... me dan de comer y dos reales, y cuando hay algun enfermo, gano la comida y hasta una peseta.

PEPITA.

Lo que va de ayer á hoy!... Y dime, tienes muchas casas donde asistir?...

LUISA.

Ahora no; pero voy todos los dias á una, donde hago lo más preciso, y me dan el almuerzo.

PEPITA.

Será gente rica?

LUISA.

Al contrario... ya vés, cuando no pueden tener criada!... Es un pobre pintor viudo con dos hijos pequeños, que vive en el sotabanco de esa casa donde está el prestamista.

PEPITA.

Y por qué no se casa contigo?

LUISA.

Jesús!...

PEPITA.

Toma!... Pues si es viudo, con dos hijos pequeños, y no puede pagar criada, debia casarse contigo... por especulacion.

LUISA.

Qué locura!... Yo no puedo casarme.

PEPITA.

Y por qué no?... Te acuerdas aún de tu novio Miguel?

LUISA.

Miguel!

PEPITA.

Ese sí que tié pesetas! Y dicen que este año es tiniente alcalde... que saldrá deputado... buen provecho le haga. Seguro está que él se acuerde de tí, ni de mí... mejor!... Lo que interesa, es ver cómo llenamos la andorga. Tú no puedes continuar de ese modo. Haz lo que yo, ponte á vender.

LUISA.

Y qué quieres que venda, si no tengo un maravedí?

PEPITA.

Ya!.. pero lo tengo yo, y es lo mismo.

LUISA.

Gracias, buena Pepa.

PEPITA.

Qué gracias, ni qué berengenas!.. Cuando tú tenias no me dabas de todo?.. Pues bien, ahora me toca á mí. (Saca de una faltriquera grande de terliz mugriento un puñado de cuartos y alguna plata; va escogiendo las pesetas y metiéndolas entre los dientes, hasta reunirlas. Las dá despues y se suena con el delantal.) Ahí tienes tres beatas.

LUISA.

Y qué hago yo con tan poco dinero!

PEPITA.

No es mucho; pero para el caso, es bastante. Una peseta cuesta una cesta; y con las otras dos, puedes comprar una buena pacotilla de cajillas de fósforos.

LUISA.

Vender fósforos!

PEPITA.

Es un comercio, que no deja mucha ganancia, que digamos... pero cuando no hay donde escoger!.. y sobre todo, no es mucho peor morirse de hambre?.. Aquí me tienes á mí, sin ir más lejos... Vendo por las calles y pago contribucion... Ando tres ó cuatro veces al dia todo Madrid y me desgañito para ganar tres reales, ó cuando más una peseta... Reniego de mi suerte, es verdad; pero á todo se acostumbra una...

ESCENA IV.

LAS MISMAS, ALEJANDRO que sale de la taberna y se acerca á ellas cantando.

ALEJANDRO.

En hablando de amores
yo me najo de aquí,

que esas conversaciones... (Llega á ellas.)

LUISA.

Alejandro!

PEPITA.

Qué hombre!

ALEJANDRO.

Hola, hola!..Por aqui anda mi antiguo tormento? Sabes, hija mia, que los frios del verano y los calores del invierno, no han mejorado mucho, que dígamos, el argentino timbre de tu voz? Sin embargo, siempre tiene eco en mi sensible corazon, eso sí! (Examinando la cesta.) Vaya! hoy ha sido buen dia, eh! Me alegro. Mira, chica, ¿quieres prestarme un duro á réditos y te lo pagaré cuando pueda? (Aqui puede escamotar una naranja, pero lo repara la Pepa y le quita la cesta.)

PEPITA.

Un duro!.. Quién me diera á mí ganarlo en una semana!

ALEJANDRO.

Ya! pero como va para dos meses que no te veo, bien puedes haber ahorrado eso, y más, en tanto tiempo.

PEPITA.

Por suponío... y de dónde sales tú ahora?.. apostaria que del Saladero...

ALEJANDRO.

Ya baja!.. apuraamente, tengo yo una indigestion de Saladero, que no se me curará mientras viva.

LUISA (Conmovida.)

Adi os, Pepa...

ALEJANDRO.

Demonio!.. (La mira con atencion.) Por vida de... pues si es la Luisa. (Suelta una grosera carcajada.) Vaya, vaya!... quién había de conocer, bajo ese traje, á la encantadora dama de la calle de Alcalá?.. La diosa de la Fuente Castellana... (Rie más fuerte.) ¿Recuerda usted cuando íbamos en su magnífica carretela, á las carreras de la Casa de Campo?.. Bien dice el refrán, que en la desgracia es cuando se conocen los amigos!.. Perdone usted si me doy este título... Como nuestra facha es tan idéntica, y nuestra toilette no se diferencia gran cosa!

LUISA.

Tiene usted razon, Alejandro; por lo general, el traje nivela á las personas.

ALEJANDRO.

Prevengo á usted que me han bautizado de nuevo. Como hoy frecuento los sitios más públicos de la capital, y en ellos ejerzo á la par la ligereza de mis manos y la notable agudeza de mi ingenio... el público, de quien soy el ídolo, me distingue con un nombre de su capricho... el tio Buitre... (Rie.) ah! ah! ah!

PEPITA.

Tiene razon... No te acuerdas de que en otros tiempos nos divertia haciendo juegos de manos por las noches?

ALEJANDRO.

Pues!... El hombre de mérito siempre encuentra recursos con que hacer frente á la injusticia de la fortuna... así es, que lo que antes hacia para entretener un rato á la alta sociedad, me sirve ahora para poner á contribucion á la baja.

PEPITA.

Y por qué no?... Cada uno gana su vida como Dios le da á entender.

ALEJANDRO.

Justo!... Pero mi ocupacion es más brillante que lucrativa. Estoy harto de rodar por el polvo... el aura popular no me satisface; y tengo en proyecto cierta especulacion, menos gloriosa, pero más lucrativa.

PEPITA.

Siempre será algun proyecto de los tuyos!...

ALEJANDRO.

Los mios siempre fueron buenos. Así lo hubieran sido mis sócios.

PEPITA.

Oyes! Lo dices por mí?

ALEJANDRO.

Quita allá!

LUISA.

Confiese V., Alejandro, que la ambicion y la vanidad fueron la causa de nuestra ruina, y que es tarde ya para procurar el remedio.

ALEJANDRO.

Eso no: yo no pierdo la esperanza jamás: deje V. que la fortuna me ofrezca una ocasion, y verá V. si volvemos á figurar en el mundo, sin que nadie recuerde habernos visto, á V. poco menos que pidiendo limosna, á esta vendiendo naranjas, y á mí echando la buena ventura!

PEPITA.

Pero dónde está esa ocasion que dices?... Cuentas acaso con algunos recursos?

ALEJANDRO.

Recursos!... Y cuándo le faltan á un génio superior?

LUISA.

Por mi parte, agradezco mucho sus buenas intenciones, pero no pienso aprovecharme de ellas.

ALEJANDRO.

Y por qué no?... V. me colmó de favores cuando la suerte le favorecia, y yo quiero que participe V. de mi prosperidad.

PEPITA.

Mira, déjate de cumplidos y dínos qué proyectos son esos.

ALEJANDRO.

Se trata de una fonda, vulgo bodegon, situado en lo mejor de Madrid, que me traspasan gratuitamente, y solo me faltan los fondos para adelantar al casero un mes de alquiler.

PEPITA.

Pues si te falta el dinero, dí que no tienes nada, y hemos concluido.

ALEJANDRO.

Vamos despacio, amiguita. Es cierto que no tengo dinero, pero poseo efectos que lo valen; necesito realizar, es decir, empeñar ciertas prendas... y esto no me parece imposible.

PEPITA.

Ya lo creo!... Ahí tienes una casa de empeños.

ALEJANDRO.

Vaya una noticia!... Pero como me está prohibida la entrada en ella!...

PEPITA.

Y por qué?

ALEJANDRO.

Por treinta y tres motivos: el primero porque debo algunos cuartos al prestamista y querrá hacerse pago... pero tú podrias hacer el empeño...

PEPITA.

Estás fresco!... Si á mí me sucede lo mismo que á tí.

ALEJANDRO.

Tambien es casualidad!... No importa, acudiremos á otra parte... pero, calle! Luisita podria hacernos el favor de llevar...

PEPITA.

Ya lo creo!... Como que vive en la misma casa: mia tú que trabajo le cuesta.

LUISA.

Ninguno.

ALEJANDRO.

Entonces voy en dos brincos á buscar mis efectos; los tengo ahí en la taberna, y vuelvo al instante. (Se dirige apresuradamente á la taberna.)

PEPITA.

Oye, despáchate, que es tarde! pues señor, es preciso confesar que á este pillastre no le falta cacúmen. Si llegamos á tomar esa tienda, yo será la guisandera, tú estarás en el mostrador, él servirá y verás cómo hacemos negocio.

LUISA.

Y crees tú qué él necesite de nosotras?...

PEPITA.

No sé; pero nosotras necesitamos de él, y tanto dá. Además,

dónde va á encontrar quien le convenga más?... Precisamente me pinto yo sola para guisar callos.

(Alejandro sale de la taberna. Al mismo tiempo, aparece en el fondo un embozado que observa recatadamente, pero de manera que el público comprenda que lo hace.)

ALEJANDRO. (Llega á Luisa y la dá un envoltorio.)

Aquí está todo. Haga usted por sacar cincuenta ó sesenta duros. Bien pudiera pedirse el doble: pero esos judios nunca dan sino la quinta parte de lo que vale una prenda.

LUISA.

Bien está. Si no me dan los mil reales, no lo dejo. (Entra en la casa de préstamos; el embozado hace un movimiento de satisfaccion y desaparece.)

ESCENA V.

PEPITA, ALEJANDRO. (Pepita trayendo á Alejandro hácia el espectador, como para hablarle en secreto.)

PEPITA.

Vamos á ver, de dónde has sacado tú esas prendas que valen cincuenta duros en empeño?

ALEJANDRO.

Vaya una pregunta!... Las he sacado... de Gibraltar; de la exposicion de Lóndres; de los infiernos?... Qué te importa á tí?

PEPITA.

Le importa á Luisa, que es antes que yo: díme pronto de donde has sacado eso. (La orquesta toca piano.)

ALEJANDRO.

Chiton! Allí vienen los sabuesos... los conozco á la legua... (Se retiran los dos á un lado.)

(Empieza la música.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS: UN TENIENTE ALCALDE, UN INSPECTOR, INDIVIDUOS DE LA RONDA, DOS GUARDIAS, ALGUNOS TRANSEUNTES: más tarde, DOS SERENOS. (Ha anochecido del todo.)

EL INSPECTOR.

Estoy seguro del hecho, señor alcalde. Tenga V. la bondad de esperar un momento y se convencerá. (Se dirige á la puerta de la casa de empeños y se oculta á un lado, de manera que no le vea la persona que salga.)

EL TENIENTE ALCALDE.

El robo se ha efectuado en mi casa, y tengo particular interés en saber quién ha sido el autor.

LUISA. (Saliendo de la casa.)

Treinta duros por prendas de tanto valor! Dice bien Alejandro; estos usureros no tienen entrañas. Tal vez en otra parte den más.

EL INSPECTOR. (Llega por detrás y le pone la mano sobre el hombro.)

Alto ahí!.. de dónde viene usted, señora?

LUISA. (Asustada dá un grito.)

Ay!.. me ha dado usted un susto!.. Yo vivo en esta casa.

EL INSPECTOR.

No es cierto. Usted sale ahora mismo del cuarto principal... Suelte usted ese bulto...—Las prendas que contiene han sido robadas.

LUISA. (Dejando caer el paquete apresuradamente.)

Robadas?.. Cómo!.. Ay señor, este paquete no me pertenece. Yo soy una pobre muger, muy desgraciada, es cierto, pero que jamás ha robado á nadie.

EL INSPECTOR.

Será usted encubridora.

LUISA.

Yo!.. qué horror!.. Crea usted, caballero, que estoy ignorante de todo.

EL INSPECTOR.

Buena es esa!.. Con que la hallamos á usted con el cuerpo del delito en las manos, y pretende no saber nada?.. Vamos, no perdamos el tiempo... eche usted á andar!.. Ahí está el señor teniente de alcalde. (La empuja hácia el alcalde.)

LUISA. (Cayendo de rodillas; los de la ronda, guardías, curiosos y serenos se acercan formando cuadro.

Piedad, señor! Juro á usted por lo más sagrado, que soy inocente! (Alejandro y Pepita han desaparecido.)

EL TENIENTE ALCALDE. (Que se ha acercado.)

Qué pasa?.. qué dice esta muger?..

LUISA.

Ay, señor alcalde... (Reconociéndole.) Jesucristo!.. Miguel!.. (Va á caer desmayada; algunos de los más próximos la sostienen.)

MIGUEL. (La examina y reconoce con dificultad.)

Luisa!.. Dios eterno!.. (Al Inspector.) Señor Inspector, ruego á usted que deje en libertad á esa desgraciada. Si es culpable, que Dios la perdone, como yo la perdono.

LUISA. (Se incorpora: se le ha caido el manton; está desgreñada; ha perdido la razon; se aparta con ambas manos el pelo que la cubre el rostro.)

Yo ladrona!.. deshonrada!.. Sí, sí... la infamia!.. la galera!.. Ah!.. no, jamás!.. Madre de mi alma!.. Miguel, soy inocente... perdon... Dios mio!.. (Vacila un instante y cae desplomada al suelo; la ronda, guardias, y serenos, la rodean, formando el cuadro. Miguel y el Inspector quedan en medio.)

MIGUEL (Horrorizado.)

Pronto!.. pronto!.. un facultativo!...

UN CABALLERO.

Yo lo soy. (Se aproxima y reconoce á Luisa.)

MIGUEL.

El cielo nos le envia!.. Caballero, socorra usted á esa infeliz.

CABALLERO (Que sigue reconociéndola.)

No late su pulso.

MIGUEL.

Es preciso salvarla...

CABALLERO.

Imposible...

MIGUEL.

Cómo!

CABALLERO.

Esta mujer ha dejado de existir!

MIGUEL. (Cubriéndose el rostro con ambas manos.)

Muerta!

(Cae el telon de cuadro prontamente.)

Continúa la música, cambiándose la melodía en la del final del prólogo.

FIN DEL CUADRO TERCERO.

EPÍLOGO.

LOS MISMOS PERSONAJES DEL PRÓLOGO.

Entre el epílogo y el cuadro anterior debe mediar el menor tiempo posible.— La bohardilla del primer acto. Están llamando á una puerta Miguel, y á á la otra Pepita y Alejandro. La pieza se encuentra exactamente lo mismo que en el momento de acostarse Luisa: las cortinas de la alcoba medio corridas: la lamparilla apagándose: se supone ser las nueve de la mañana.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL (Desde fuera.)

Luisa, querida Luisa!...

LUISA (Que se la supone acostada, y soñando dice desde la cama con voz ahogada:)

Miguel, soy inocente!... Perdon, Dios mio!

MIGUEL. (Dando un porrazo más fuerte á la puerta.)

Luisa!...

LUISA.

Ah!... (Arroja un grito estridante.) Dios mio! Dios mio! (Se supone que despierta entonces.) Dónde estoy? Oh! qué pesadilla tan terrible!... (Sale despavorida con el pelo y el vestido descompuestos y recorre la escena desatentadamente.)

MIGUEL. (Desde fuera.)

Luisa, Luisa, no me contestas? Estás mala?... Abreme por Dios!

LUISA (Se para y escucha extremecida.)

Esa voz!... Es Miguel!... Sí, no me engaño... (Mira al rededor.) Allí está la rosa que él me regaló... Este es mi cuarto... no hay duda... como lo dejé... Cuándo?... Anoche?... Sí, la lamparilla arde todavía... (Corre á la ventana, la abre de un golpe, y el teatro se ilumina; Luisa retrocede y prorrumpe en una carcajada histérica.) Ah! Ah! Ah! El sol!... todo ha sido un sueño!... y ahora estoy despierta... en mi casa... en mi pobre

bohardilla... Oh! qué alegria!... Qué felicidad! (Juntando las manos y mirando al cielo.) Gracias, Dios mio! Gracias, Madre de mi vida!... Jamás olvidaré la terrible leccion de esta noche!

MIGUEL. (Sigue llamando.)

Luisa, por Dios! respóndeme... Mira que tu silencio me mata... respóndeme siquiera una palabra... una palabra no más.

LUISA (Sin poder contener su alegría.)

No te impacientes, Miguel... espera un instante... Si es que no estoy vestida del todo!... (A sí misma.) Pero... si estaré delirando?... No... todo ha sido un sueño... (Se mira al espejo.) Estoy jóven, no tengo ni una arruga... (Mirándose el vestido.) Este es mi vestido de percal... humilde, pero limpio y nuevecito... Qué despeinada estoy... (Se atusa el pelo.) Me arreglaré lo mejor que pueda... El contento me va á volver loca... ¿Estás ahí, Miguel?...

MIGUEL.

Aquí estoy: pero no acabas de vestirte?

LUISA.

Espera un poquito... no te separes de la puerta... estás?... Acabo al momento: hoy quiero ponerme muy guapa.

MIGUEL.

Si tú lo estás siempre!... Mira, despáchate por Dios!... Tengo unas ganas de verte para pedirte perdon!... Te lo voy á pedir de rodillas... (Llaman á la otra puerta.)

PEPITA. (Desde fuera.)

Luisa, te se han pegado las sábanas?... Pues no es cosa lo dormilona que estás hoy!... Vamos, despáchate, abre...

LUISA. (Asustada.)

La Pepita!...

PEPITA.

Vamos, chica, abre: aunque no estés vestida, qué importa?...

ALEJANDRO.

Abra V., capullo de rosa; la Pepa la ayudará, y yo me quedaré á la puerta hasta que la decencia me permita entrar.

LUISA. (Con espanto.)

Alejandro!... (Alto.) No puedo abrir ahora.

PEPITA.

Esa es otra!... Vaya un capricho!... Qué ventolera te ha dado hoy?

ALEJANDRO.

Si lo hace V. por mí, ya la he dicho que no entraré; y si usted quiere, me bajaré á la calle.

LUISA.

Ay! Si pudiera librarme de su vista! Tan solo el pensar que están detrás de esa puerta, me hace temblar... Alejandro sobre todo!... Su voz me espanta!... Necio temor!... No está ahí Miguel que va á entrar y que no me abandonará un solo instante?... (Corre á la puerta en que está Miguel y la abre.)

ESCENA II.

LUISA, MIGUEL.

LUISA.

Entra, Miguel, entra pronto: tú eres el verdadero, el único amigo que yo tengo en el mundo.

MIGUEL. (Tomándola ambas manos.)

Dios te bendiga, Luisa mia!... Mira qué majo vengo!... A pesar de nuestra riña de anoche, no veia el momento de volver á buscarte. Verdad es que si me hubieras recibido mal, me habria muerto de dolor y vergüenza.

LUISA.

Yo recibirte mal!... Oh, nunca!... y hoy menos que nunca!... Si tú supieras... pero ya te lo contaré más despacio. Creo que no te he querido tanto jamás.

MIGUEL.

Pues y yo!... Mira me someto á todo lo que exijas de mí... tendremos criada y alquilaremos una tienda de lujo...

LUISA.

Si yo no exijo tal cosa!... si quiero guisar y fregar y barrer... y mira, tengo unas ganas de lavar en el rio...

MIGUEL.

Eso sí que no!... Ni lo pienses siquiera.

LUISA.

Bien, bien; allá veremos... Mira, si has venido para llevarme á la vicaría, vámonos al instante. Ya ves que me he engalanado lo mejor que he podido.

MIGUEL. (Con la mayor alegría.)

Y es verdad! Estás hermosísima... Ah! Luisa mia! mi vida entera la emplearé en procurar tu felicidad.

LUISA.

Y yo todos los dias pediré al cielo que me ilumine para hacerte dichoso.

MIGUEL.

Ya lo soy! Pero si vieras qué noche tan cruel he pasado!... dudando de tu cariño... perdona...

LUISA.

Tú eres quien tiene que perdonarme... aunque no habrás pasado peor noche que yo... ¿Dónde están los testigos?

MIGUEL.

En la calle me esperan... Como no sabia si tú...

LUISA.

Sí, sí: yo tengo la culpa de todo... vámonos pronto...

MIGUEL.

Espera un instante: vuelvo en seguidita.

LUISA.

Dónde vas?

MIGUEL.

Quiero llevarte en coche... Al cabo de la calle hay parada...

LUISA.

No, no... Yo prefiero ir á pié.

MIGUEL.

Déjame hacer á mí. Hasta luego: no tardo un minuto. (Váse.)

LUISA.

Oye!... aguarda... (Vuelven á golpear á la puerta de enfrente.) Qué golpes... Voy á abrir... Qué remedio!

golpes.

ESCENA III.

LUISA, PEPITA, ALEJANDRO, despues MIGUEL.

PEPITA.

Vaya hija, que te dás un tono!... Está ya visible la señorita? Por poquito me marcho... Pero en fin, más vale tarde que nunca!... Ea, ponte lo que tengas que ponerte, y vamos andando.

LUISA.

A dónde?

PEPITA.

A la puerta de Hierro, á comer y bailar en el campo.

ALEJANDRO.

Y que no faltará diversion!... Yo llevo naipes, los cubiletes y otras mil baratijas.

PEPITA.

Sí, chica: nos ha convidado un sugeto... un amigo: y nos lleva en una carretela de colleras, magnífica: con que anda, arréglate pronto.

ALEJANDRO.

Si ya está arreglada!

PEPITA.

Calla! pues es verdad!... no habia reparado!... entonces, andando.

ALEJAKDRO.

Si: vamos Luisita que nos espera el carruaje.

MIGUEL. (Entrando apresurado.)

Vamos, Luisa, que nos aguarda el simon.

PEPITA Y ALEJANDRO.

El simon?

LUISA.

Sí, señores: para ir á la vicaría con el que va á ser mi marido;

y ya ven ustedes, entre la vicaría y la Puerta de Hierro, la eleccion no es dudosa...

MIGUEL. (Tomándola del brazo.)

Aajá... Con su maridito.

PEPITA.

Qué desaire!

LUISA.

No hay tal desaire... Yo agradezco el convite de ustedes, su memoria... su buen deseo... pero no esperen ustedes que les acompañe en sus espediciones, ni ahora ni nunca; porque... no es posible.

PEPITA. (Picada.)

Quieres esplicarme el motivo?

LUISA.

Porque las breves horas de esta noche pasada, han valido para mí cincuenta años de experiencia... porque ustedes buscan la felicidad por el camino de los placeres, y yo sé que solo puedo encontrarla por el de la virtud.

ALEJANDRO.

Vaya una salida!

PEPITA. (Con descaro.)

Yo soy honrada, muy honrada... estás tú?

LUISA.

Dios quiera que puedas siempre decir otro tanto! Fácil te será si consultas al cielo, si no desoyes la voz de tu conciencia... Para salvarnos de las seducciones del vicio, tenemos los pobres un seguro medio: *La fé, la humildad y el trabajo.*

FIN DEL JUGUETE.

La representacion de esta obra, se halla autorizada por la censura.

CATÁLOGO

DE LOS SEÑORES

SALAS, HELGUERO Y GAZTAMBIDE

EDITORES.

PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID.

Cuesta, Carretas 9.
Duran, Carrera de S. Gerónimo 8.
Moya y Plaza, Carretas 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Carmen 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los Sres. corresponsales del Centro general de administracion, ó por medio de carta franca, incluyendo su importe con sobre al «Centro general de administracion» S. Agustin, 12, 2.º derecha.

MADRID

—

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,

Calle de S. Agustin, 12, segundo.

1863.

Rs. vn:

AGUILAR Y SANCHEZ (J. M.)

El Matrimonio, tratado en que se examinan y juzgan las causas de sus sufrimientos y desgracias y se proponen los remedios conducentes: un tomo en 4.º de 124 páginas. 6

ALONSO Y RUBIO (T.)

Clínica tocológica, hechos de distocia observados en la práctica civil desde el año 1848 á 1862: un tomo en 4.º prolongado de 270 páginas. Precio en Madrid 16
Provincias. . . . . , ... 20

Breves páginas dedicadas á la educacion moral de los hijos, un tomo en 4.º de 278 páginas. Precio en Madrid, 14 rs. en rústica, y 16 encartonado.
En provincias. . . . . 18 y 22

ALTADILL (A)

*La voz de España, loa en un acto. 4
Don Jaime el conquistador, drama histórico en tres actos.. 8

ALVAREZ (E.)

*La hija del regimiento, zarzuela en tres actos. 8
*La hija del pueblo, id. en dos. . 6
*Marta, id. en tres. 8
*La Reina Topacio, id. id.. . . . 8

ANDILLA (BARON DE) Y GERONIMO MORAN.

La dama blanca, zarzuela en tres actos. 8

ARNAO (A.)

*El dominó negro, zarzuela en tres actos. 8
*El cervecero de Preston, id. id. . 8

AUSET (A.)

Un problema de la vida, comedia en tres actos. 8

Rs. vn.

ALTOLAGUIRRE (M. A.)

El héroe de Anghera, drama histórico en dos actos. 6

BREMON (L.)

*Una emocion, zarzuela en un acto. 4

BUSTILLO (J.)

*El padre de mi mujer, juguete en en un acto 4

CAPMANY Y MONTPALAU (A.)

Efemérides ó Museo histórico, que comprende los principales sucesos de España y del extranjero, como asimismo toda la parte artística y monumental de los principales paises, dos tomos en 8.º prolongado, en Madrid. 38
En provincias. 42

DIANA (M. J.)

Un prisionero en el Riff. Memorias del Ayudante Alvarez, obra geográfica, descriptiva, de costumbres, y con un vocabulario del dialecto riffeño, segunda edicion, un tomo en 8.º prolongado de 336 páginas, en provincias. . . . . , . . . 10

DIAZ (J. M.)

Gabriela de Vergy, tragedia en 4 actos. 8

FERNANDEZ (P.)

*Juan sin pena, zarzuela en un acto 4

GARCIA (J. M.)

Las manos blandas, comedia en tres actos. 8
La Aldea de S. Lorenzo, melodrama en cuatro actos. 8
Una cueva de ladrones, juguete cómico en un acto. 4

GARCIA GONZALEZ. (M.)

Despues del baile, comedia en un acto. 4

GOMEZ TRIGO (G.)

Mentiras graves, comedia en tres actos. 8

Rs. vn.

HARTZENBUSCH (J. E.)

Cuentos y fábulas, 2.ª edicion corregida y aumentada, dos tomos en 12.º en Madrid. 12
En provincias. 14
El mal apóstol y el buen ladron, drama en cinco actos.. 8

HARTZENBUSCH (J. E.)
Y
CAYETANO ROSELL

El padre pródigo, comedia en cuatro actos. 8

LARRA (M.)

*La perla negra, zarzuela en tres. actos. 8

LOMBIA (J.)

Lo de arriba abajo, comedia en dos actos. 6
El sitio de Zaragoza, drama en cuatro actos.. 8
El teatro, su orígen, índole é importancia, un tomo en 4.º prolongado, en Madrid. 8
En provincias. 10

LOPEZ (P)

*Los cazadores en Africa, zarzuela en un acto. 4

MOSQUERA Y ALONSO (R.)

Manual de Anatomía práctica. Un tomo en 8.º prolongado.
Madrid. 19
Provincias. 22

MARTINEZ CUENDE (E.)
Y
JOSE M. LARREA.

*Por un inglés, zarzuela en un acto. 4
*El amor constipado, id. id. . . . 4

Rs. vn.

MORAN (G.)

*Fra Diávolo, zarzuela en tres actos. 8
*Las damas de la Camélia, zarzuela en un acto. 4

MOZO ROSALES (E.)

La grandeza de Alcorcon, comedia en un acto. 4
Marchar contra la corriente, id. en tres. 8

OLONA (L.)

*El secreto de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

ORTIZ DE PINEDO (M.)
Y
JOSE M. GARCIA.

Una heroina de Capellanes, comedia en tres actos. 8

PALACIO (M)

*D. Bucéfalo, zarzuela en tres actos. 8
*La vuelta de Columela, id. en id. 8
Funcion de desagravios que hace en obsequio de las Bellas Artes un acólito del templo de las letras, Folleto en 12.º 4

PEDROSA (P. MARTINEZ.)

*La red de flores, zarzuela en un acto.. 4

PASTORFIDO (M)
Y
NARCISO SERRA.

Los monederos falsos, zarzuela en tres actos. 8
*Zampa, id. en id. . . . : . . . 8

(PETÁNO Y MAZARIEGOS (G)

Viajes por Europa y América, precedidos de un prólogo por el Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura, un tomo en 8.º prolongado de 264 páginas, en Madrid. 8
En provincias. 10

Rs. vn.

PICON (J.)

*Anarquía conyugal, zarzuela en un acto. 4
*Memorias de un estudiante, zarzuela en tres actos. 8
*Entre la espada y la pared, idem en id. 8
*Un concierto casero, sainete lírico en un acto. 4
*La isla de San Balandran 4

PINA (M.)

Compromisos del no ver, zarzuela en un acto. 4
*El jóven Virginio, id. en id. . . 4
El niño, id. en id. 4
*El sordo, id. en dos actos. 6
*Enlace y desenlace, id. en id. . . 6
*Los peregrinos, id. en un acto. . 4
Carambola y palos, comedia en un acto. 4
Un trono y un desengaño, zarzuela en tres actos. 8
Aventuras de un jóven honesto, idem en 3 actos. 8
A Caza de divorcios, comedia en id. 8

RAMIREZ (J.)

La culebra en el pecho, drama en tres actos.. 8
El camino de la gloria, comedia en tres actos. 8
La Caja de Pandora, coleccion de estudios filosóficos, artísticos, literarios, político-satíricos, de costumbres y viajes, un tomo. . 19

RIVERA (L.)

A Rey muerto, zarzuela en un acto. 4
*Los piratas, zarzuela en tres actos 8
*Stradella, id. en id. 8

ROSELL (C.)

*El burlador burlado, zarzuela en tres actos. 8

Rs. vn.

RUIZ DEL CERRO (J.)

*Los mosqueteros de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

RODRIGUEZ (A.)

*El nuevo Fígaro, zarzuela en tres actos. 8

SELGAS Y CARRASCO (J.)

Hojas sueltas, viajes lijeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.º prolongado, en Madrid 8
En provincias. 9

SERRA (M.)

*La edad en la boca, zarzuela en un acto.. . . , ... 4
*Una historia en un meson, id. id. 4
*El loco de la guardilla, id. id.. . 4

SOBRADO (P. N. DE)

*El zuavo, zarzuela en un acto.. . 4
La playa de Algeciras, apropósito en un acto. 4
Escenas de campamento, id. id. . 4

TRIGUEROS (M.)

La toma de Tetuan, comedia en un acto. 4
El prestamista, comedia en un acto. 4

VEGA (R. DE LA)

*Frasquito, zarzuela en un acto. . 4
*Los dos primos, id id. 4

VELASCO (R. DE)

*Por faltas y sobras, zarzuela en un acto 4

VILLANUEVA (J. JOAQUIN.)

*La franqueza, zarzuela en un acto 4

ZAMACOIS (N.)

*El firmante, zarzuela en un acto. 4

ZAMORA Y CABALLERO (E.)

Pobre importuno, proverbio en un acto. 4
No mateis al alcalde, juguete cómico en un acto. 4

ADVERTENCIA.

Todas las obras que llevan esta señal * al márgen, corresponde su música á esta administracion donde puede tambien pedirse.

3 0112 117456779

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Durán, Carrera de san Géronimo.
Moya y Plaza. Carretas, 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Cármen, 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del Centro General de Administracion.